

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de ciencias políticas y sociales



Nacionalismo: reflexión teórica y análisis del caso catalán y su importancia en la construcción de nacionalismos alternativos

Tesis

Que presenta:

Santiago David Espinosa Arnal

Para obtener el título de:

Licenciado en Sociología

Ciudad de México, 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Contenido

Introducción	4
Capítulo uno: Norbert Elías y la construcción del Estado Nación	10
Capítulo dos: Reflexión teórica sobre el nacionalismo	30
Capítulo tres: sobre la construcción de un nacionalismo alternativo	47
Conclusiones	75
Bibliografía	86

Agradecimientos

Primero que nada quiero agradecer a mi familia, a mi padre David y a mi madre Rocío que me han apoyado incondicionalmente en todo momento y no hay duda de que sin ellos y su constancia para decirme que me ponga a trabajar nada de esto sería posible.

A mi tío Mario y especialmente a mi tío Ariel por todo el tiempo, trabajo y cariño que dedicó a esta tesis.

A mi abuelo Edgardo por su amor infinito e incondicional.

A mis amigos que me han ayudado a mantenerme centrado, progresando y avanzando en las buenas, en las malas y en las peores.

Finalmente, quiero recordar a mis abuelas Lila y Areli que, pese a que ya no nos acompañan, sé que se les llenaría el pecho de orgullo por verme llegar hasta aquí. Siempre pienso en ellas y llevo su memoria en mi corazón.

Introducción

En tiempos modernos, la nación se ha vuelto un concepto cada vez más importante en las discusiones sobre política y en la vida pública. Esto lo podemos ver con el auge de movimientos nacionalistas como el catalán, pero también con los nacionalismos como el de Donald Trump, entre otros. Este nacionalismo ha tenido eco por todo el mundo, pero particularmente en Europa, principalmente en el caso holandés, británico y austriaco.

Estos nuevos nacionalismos se basan en la idea de un pasado glorioso donde las cosas estaban bien hechas y el espíritu de la nación se encontraba intacto y no estaba mancillado por el choque de culturas que representa la migración, la colonización, guerras y demás sucesos que provoquen grandes movilizaciones de personas.. Por lo tanto, este nuevo nacionalismo, que pretende proteger todos los elementos constitutivos de su nación, sus tradiciones y cultura asociados a ella, entra en conflicto constante con todos aquellos que tengan una visión del mundo más abierta. Esto sucede en un contexto de continua globalización donde hay un contacto e intercambio entre culturas constante.

La idea central de este trabajo es que el nacionalismo, así como las naciones, son un invento del siglo XIX, un invento que era necesario para poder legitimar ante la población un nuevo sistema político del que dependía la instauración del capitalismo como sistema económico predominante. Retomaremos principalmente las ideas de Álvarez Junco que aplica esta idea y sus consecuencias a los problemas de la Europa del siglo XX. En su investigación, Elías retoma a autores que podríamos llamar “clásicos” del nacionalismo en un intento de buscar una explicación a los problemas actuales, problemas en los que la idea de nación, por una razón u otra ha tenido un papel importante.

¿Qué es la nación? ¿De dónde viene? ¿Es acaso una idea constitutiva del vivir en

sociedad? Fueron las preguntas que incitaron la realización de este trabajo. Su respuesta, además de la respuesta a otras preguntas que surgieron durante el transcurso de la investigación, se encuentra aquí plasmada. Sin embargo, antes de entrar de lleno a ello, me parece pertinente mencionar algunas de las preconcepciones que condicionan este trabajo.

En primer lugar, tenemos la creciente importancia de la nacionalidad y la nación en el mundo moderno, cosa que no debería de sorprendernos ya que este concepto ha sido el eje organizador de la vida desde que el Estado-nación se constituyó como el modelo político y de organización social predominante, primero en occidente y posteriormente en todo el mundo. Sólo a partir de esto podemos empezar a develar que la nación es un modelo político poderoso, ya que, pudo en un espacio de cien años desde su primera implementación (ya sea que se considere Estados Unidos o Francia como la primera), establecerse como el principal modelo político del mundo (además de ser el usado por aquellos países que más poder ostentaban).

De modo que, podemos asumir que la nación fue el modelo político que, en su momento, logró ser el más poderoso para organizar la política, la economía y a las poblaciones que en esos territorios vivían. En su expansión como modelo político tuvo mucho que ver el fenómeno del colonialismo, que, pese a que sucedió muchos años antes del nacimiento de la nación moderna, fue responsable de que el Estado-nación se propagara por el mundo. Podemos darnos cuenta de que, poco a poco el Estado encontró la manera de volverse parte clave de la identidad de las personas. Este cambio, es importantísimo y para poder explicarlo mejor tendremos que volver al presente por un momento.

La nación es un elemento muy importante de la vida moderna. Para muchas personas, su nacionalidad es parte constitutiva de su identidad. Y son estas mismas personas las que le dan una enorme autoridad e importancia a los sentimientos y valores nacionales. Del mismo modo, la lengua es, en la mayoría de los casos, una parte central del sentir nacional y, como veremos, también es parte esencial de la construcción de la misma identidad de las personas.

Es por esto por lo que creo que es importante entender de dónde vienen estos

sentimientos y de qué distintas maneras se han construido y manifestado a través del tiempo. Para poder entender de dónde vienen estos sentimientos es necesario hacer un recorrido histórico y llegar al punto de la génesis de la idea de nación, de modo que podamos entender en qué condiciones se fragua y cómo va tomando peso y protagonismo tanto en la vida pública y privada.

Esto implica una serie de cambios profundos que son muy importantes por su naturaleza ontológica, ya que, cambian de manera radical el orden y la manera de entender al mundo que tenían las personas de la época. En primer lugar, se tiene que desarrollar la noción de patria, que sirve para aglutinar y homogenizar a las personas que habitan un cierto territorio, pero para poder lograrlo es necesario enseñar a las personas a ser patriotas, esto, como veremos más adelante sólo puede ser posible gracias a la acción de un Estado fuerte y poderoso. Éste es necesario para la instauración del capitalismo como modelo de producción predominante, lo que nos lleva a la necesidad de la instauración de los Estados-nación como modelo político, económico y de organización social que permita homogenizar una sociedad que está pasando por momentos de cambios muy profundos. Propongo que este modelo, y lo que implica, revolucionaron por completo tanto la vida pública como la privada de las sociedades en las que se estableció.

Este trabajo está dividido en tres partes; en primer lugar, se hace un recorrido histórico para encontrar el punto de génesis en el cual la nación como idea empieza a cambiar el mundo de aquella época. Nos concentramos principalmente en el caso francés, ya que, de este provienen la mayoría de los ideales y principios que las demás naciones utilizaron como guía cuando empezaron a establecerse los distintos Estados-nación. Es también el primer momento en el que podemos ver que se dan las condiciones para que suceda el cambio de paradigma necesario para pasar de una sociedad feudal (en donde la figura del rey como enviado de Dios juega un papel central en el orden del mundo social), a una sociedad capitalista basada en el modelo del Estado-nación que, además, quita la figura de Dios como eje ordenador del mundo.

Como veremos, esto tiene muchas implicaciones y consecuencias en el modo en el que las personas viven y entienden su mundo, que pueden ser vistas en el recorrido histórico de los primeros años de la República francesa, además de hacerse evidentes en las transformaciones que tuvo la sociedad francesa de la época. Principalmente, podemos hablar del nacimiento de una nueva clase, cuya presencia no es meramente coincidencia en este contexto, ya que, éste fue el principal abogado y promotor de la nueva forma de ordenar al mundo.

Surgen también, nuevos conceptos que sirven para que las personas de la época se puedan explicar los profundos cambios que sus sociedades atraviesan, también empiezan a aparecer nuevas formas de transmitir estos conceptos y nuevas formas de legitimación del orden social. Todos estos cambios tuvieron un efecto específico dentro de la sociedad francesa y se esparcieron a la par del concepto de nación, primero en Europa (y Estados Unidos) y luego en el resto del mundo gracias, en gran parte, al proceso de colonización en América y África.

En el segundo capítulo, revisamos a los teóricos más prominentes sobre el tema del nacionalismo (Desde Anderson hasta Billing) buscando reconocer en cada una de las perspectivas teóricas sus puntos fuertes, con los que es más fácil explicar ciertas partes de la relación entre las personas y la idea de la nación. Asimismo, identificaremos deficiencias que es necesario mencionar para evitar caer en contradicciones.

Para lograrlo, explicaremos los distintos enfoques y los contrastaremos entre sí, de manera que se vislumbre un mapa que nos permita utilizar la teoría que más nos facilite la descripción de los fenómenos relacionados con la nación. También hablaremos de la relación que hay entre el Estado como organización política-económica y las personas, y cómo es que a partir de él se construyen una identidad que los constituye. Se recuperará lo planteado por estos autores y será revisado desde la mirada de Álvarez Junco, para, a través de un mismo cristal, hacer una definición más o menos general que tome en cuenta lo dicho por los diferentes autores.

Se habla también del papel de la educación en la transmisión de los valores

nacionalistas y cómo el control estatal de la educación es necesario para asegurar la transmisión generacional de estos valores. De modo que, la educación toma un papel central en la propagación del nacionalismo y esta es la razón por la que el Estado y la burguesía tienen gran interés en ser ellos quienes decidan qué y cómo se enseña. Esta impronta queda clara desde la Revolución francesa y es en este proceso que podemos ver que la educación va de la mano de un proyecto burgués exitoso. De tal modo que concluyo que el Estado (burgués) es uno de los principales promotores del nacionalismo moderno. Es en este capítulo donde nos cuestionamos la universalidad del concepto y la idea de nación y si esta idea es parte constitutiva del ser humano, o lo que es lo mismo, que no se puede entender al humano a menos de que esté en relación con una nación.

Asimismo, se menciona el papel de una clase social en particular, la burguesía, en la constitución de los Estados-nación, además de reconocer cómo es que su actividad ha logrado hacer que el nacionalismo sea una parte esencial de la vida moderna. Bajo este mismo tinte, se verá también cómo el nacionalismo ha sido usado por movimientos emancipadores que buscan separarse y quitarle poder al Estado burgués impuesto y en su lugar construir una forma de organización que no dependa de elementos externos y que no esté fundada bajo los principios de dominación al prójimo. Esto es muy importante, ya que, pese a que el nacionalismo como herramienta de control y de homogeneización social es muy poderosa, también puede ser una herramienta liberadora y creadora de una nueva identidad.

Finalmente, el tercer y último capítulo versa sobre cómo todo lo aprendido en la teoría se puede utilizar para analizar el proceso de creación de un nacionalismo en el mundo real: el caso catalán. Este es un caso interesante y útil para nuestro propósito, ya que existen claros recursos históricos (desde periódicos, hasta libros de texto para niños), que nos permiten ver paso a paso cómo se puede intentar crear una nación dentro de una nación como es el caso de la idea de una nación catalana. Para poder entender bien dicho fenómeno, se vio también el proceso de creación de la nación española, debido a que, guste o no, el futuro de ambos territorios y sus historias están estrechamente ligados.

Para poder entender de dónde viene el descontento que existe en los territorios catalanes en cuanto a su relación con Madrid, hay que conocer partes esenciales de la historia y los conflictos que ha tenido esta relación. Una vez más, se reconocerá la importancia de la educación en el desarrollo y mantenimiento de un nacionalismo, además de la necesidad de que haya un interés por parte de un Estado de inculcar valores específicos ligados a una idea concreta de lo que es y debe de ser la nación.

Desde luego, el antagonismo entre el gobierno catalán y el gobierno español que, ayuda a que podamos observar más de cerca y con mucho más detalle el proceso de creación y mantenimiento de un nacionalismo que, en este caso, existe en oposición al español. Esta es una relación muy interesante ya que, pese a que el Estado español tiene su propia agenda acerca de los valores y lo que implica ser español y vivir dentro de este territorio, la Generalitat ejerce como Estado alternativo y enseña y pregona valores que en algunos casos son conflictivos con los que enaltece y quiere enseñar el gobierno español.

Todo esto permite que nos demos una mejor idea de los mecanismos que hacen que el nacionalismo sea un eje constitutivo en la identidad y en la vida moderna, además de ver cómo se desarrolla la teoría frente a lo que sucede en la realidad concreta. Claro que cada realidad tendrá sus propias especificidades y así que lo aprendido del caso catalán seguramente no será aplicable a lo que suceda en otros lados del mundo, pero, no deja de ser importante ver cómo este proceso de construcción de nacionalismo se lleva a cabo en tiempos modernos.

Capítulo uno: Norbert Elías y la construcción del Estado Nación

Hablar de la construcción del Estado-nación como modelo político, económico y de organización social trae consigo una serie de problemáticas que, a mi parecer, es necesario tratar antes de empezar a hablar del tema. En primer lugar, las circunstancias en las que se encuentra cada uno de los países que podríamos llamar pioneros en la realización de un “Estado-nación”, -el caso estadounidense, con la proclamación de su independencia en 1776 y el caso francés con su revolución en el año 1789-, son muy distintas en cuanto a sus especificidades, pero creo que es justo decir que obedecen a un mismo proceso histórico y político, es decir, al advenimiento del capitalismo como modelo económico y cómo éste condiciona el modelo político que se empieza a instaurar con estos dos sucesos.

La importancia de hacer este recorrido parte de asumir que, para poder analizar tanto teóricamente como en su aplicación el fenómeno del nacionalismo, primero hay que cuestionarse de dónde viene y en qué contexto histórico específico surgió. Desde luego que un mero recorrido histórico no alcanza para explicar el fenómeno cabalmente, pero nos sirve para dar luz sobre la lógica histórica en la que devino esta idea.

Para el caso específico de este trabajo, hablaremos sobre todo del caso francés, esto debido a dos razones principales. En primer lugar, porque éste se puede extrapolar en sus generalidades para explicar lo que sucedió en otras sociedades europeas y, en segundo lugar, porque para explicar el proceso del nacionalismo usaré principalmente el trabajo de Norbert Elías, “*El proceso de la civilización*”, cuyo objeto de estudio principal fue el caso francés y en el cual explica cómo mediante diferentes procesos de diversa índole y competencias se obtuvo como consecuencia la creación de los Estados modernos tal y como los conocemos hoy en día.

En este mismo sentido se expresa Eric Hobsbawm en su clásico libro “La era de las

revoluciones”:

“La revolución norteamericana sigue siendo un acontecimiento crucial en la historia de los Estados Unidos, pero (salvo en los países directamente envueltos en ella y por ella) no dejó huellas en ninguna parte. La Revolución francesa, en cambio, es un hito en todas partes. Sus repercusiones, mucho más que las de la revolución norteamericana, ocasionaron los levantamientos que llevarían a la liberación de países latinoamericanos después de 1808.” (Hobsbawn, 1994). Desde esta perspectiva, es pertinente enfocarse particularmente en lo sucedido en Francia, sin dejar de pensar en la importancia e influencia que tuvo el proceso norteamericano en la historia y el desarrollo de otros Estados-nación.

Lo que es importante de la concepción de Hobsbawn es, esencialmente, que lo que sucede hoy es consecuencia de una serie de acontecimientos que nos preceden por mucho más de lo que originalmente podíamos pensar, por lo que me parece pertinente que, para poder estudiar la Revolución francesa y la instauración del modelo de Estado-nación en Francia, se estudie, en términos generales cómo fue que llegaron a posiciones dominantes ciertos grupos que eventualmente se volvieron las figuras con mayor poder en este territorio. También es importante entender cómo funcionaron estas dinámicas de búsqueda y mantenimiento del poder en una sociedad estamentada y feudal como lo era la francesa del siglo XVIII.

Empezaremos mencionando la manera en la que, según Elías, se instauró el Estado-nación como modelo político y económico, quien para ello se remonta a un momento histórico en el cual el nivel de interconectividad que los pequeños nichos de poder eventualmente tendrían no se podía siquiera concebir. Para Elías, hay un eje principal en la creación del Estado del cual se desprenden todos los demás, una idea completamente *Weberiana*: el monopolio, de la violencia y de la recaudación de impuestos.

Elías define con precisión a qué se refiere con el concepto de monopolio en el contexto de los Estados-nación:

“La sociedad a la que llamamos sociedad de la Edad Moderna está determinada, al

menos en Occidente, por un grado muy elevado de organización monopolista. Se arrebató a los individuos aislados la libre disposición sobre los medios militares que se reserva al poder central, cualquiera que sea la configuración de éste y lo mismo sucede con la facultad de recabar impuestos sobre la propiedad y sobre los ingresos de los individuos, que se concentra en manos del poder central. Los medios financieros que afluyen así a este poder central sostienen al monopolio de la violencia; y el monopolio de la violencia sostiene al monopolio fiscal. Ambos son simultáneos; el monopolio financiero no es previo al militar y el militar no es previo al financiero, sino que se trata de dos caras de la misma organización monopolista” (Elías, 2009, pág. 414).

Queda claro que para Elías el concepto de monopolio se vuelve una pieza central en la construcción y el surgimiento de lo que hoy llamamos Estado-nación, en la medida en que los monopolios referidos son parte de la naturaleza del Estado, es decir, definen la existencia de un Estado-nación. Por cierto que otras definiciones de lo que es el Estado, son muy parecidas a la que propone Elías, como por ejemplo el caso de Charles Tilly que en su ensayo “Guerra y construcción del estado como crimen organizado”, publicado en 1985, propone que el Estado trabaja y existe como una forma institucionalizada de crimen organizado por su capacidad de tener y mantener monopolios, principalmente el de la violencia.

La primera unidad de análisis que utiliza Elías para describir el proceso de conformación del Estado-nación son las familias de los poderosos que, en el siglo XII, luchaban entre sí para ampliar su poder controlando más territorio y así tener el monopolio territorial en un área cada vez mayor. “Únicamente el vencedor de esta lucha podría alcanzar una posición de monopolio sobre el territorio que trascendiera el ámbito de competencia de otras familias” (Elías, 2009, pág. 402). Es decir, la necesidad de controlar un mayor territorio provenía de que ello implicaba la seguridad y supervivencia de dichas familias.

Ahora, frente a la pregunta obvia ¿cómo estas pequeñas peleas y bravuconadas entre pequeñas familias ocasionaron que fueran necesarias las organizaciones y grandes territorios que conocemos hoy? la respuesta a eso no es para nada sencilla,

pues es necesario tomar en cuenta que este es un proceso de gran alcance y extremadamente gradual y tardó varias décadas para que empezaran a verse sus efectos.

“Las posesiones señoriales de los Capetos se agrandaron tanto que, gracias a las oportunidades económicas y militares que les concedía un señorío de tales dimensiones, sus propietarios no tenían nada que temer a la posible competencia de los otros guerreros del ducado de Francia y, además disfrutaban una especie de monopolio en el país” (Elías, 2009, pág. 403), proceso que, de acuerdo con Elías, continúa al menos durante cinco siglos hasta que se configura la noción de la realeza.

De esto podemos asumir al menos un par de cosas importantes: que las diferencias económicas y militares, elementos centrales para medir el poder de una nación, tienen su origen desde hace casi mil años. Y que es gracias a un proceso sociohistórico de larga duración que estas diferencias se expresan en los Estados que conocemos hoy en día, así como en las instituciones de orden supranacional que comienzan a surgir a mediados del siglo pasado.

Hablando de este mismo proceso sociohistórico, el siguiente paso para el desarrollo de los Estados-nación se da a partir de la expansión de los territorios dominados y monopolizados por ciertas familias, los cuales comienzan a ser demasiado grandes y la administración de estos territorios comienza a presentar un serio desafío para las familias que los controlan. De modo que el imperio, como lo comienza a llamar Elías, resulta ser “amenazadoramente grande” para poder mantenerse a sí mismo, de esta manera, las instituciones administrativas empiezan, no sólo a volverse más específicas (mayor división de las tareas), sino que, además, tienen labores cada vez más complejas dentro del funcionamiento del monopolio de un territorio específico.

“Lo mismo sucede con todas las otras instituciones que crecen, al igual que la misma Inglaterra, desde unos orígenes modestos hasta alcanzar su plena magnitud: las instituciones feudales se convierten, sin solución de continuidad, en las instituciones de un Estado y de un imperio” (Elías, 2009, pág. 412). Esta es la explicación que

Elías le da a la ampliación de las capacidades del Estado, capacidades que siempre se encontrarán enfocadas en mantener el monopolio de la violencia en primer lugar y otros monopolios de manera más tangencial. También podemos afirmar que mientras este proceso de conformación de los Estados modernos se consolida, la capacidad organizativa necesaria para poder hacer efectivo los monopolios, tanto militar como financiero, crece y por lo tanto amplía la capacidad burocrática de la organización para poder hacer frente a las nuevas necesidades. Así es como comienza la gradual burocratización de los Estados y la cada vez mayor división del trabajo al interior de éstos. Dichos fenómenos son claves para entender las dinámicas que suceden dentro de los estados-nación modernos.

Elías concluye que: “Cuanto mayor es la amplitud y la división del trabajo que se da en una posesión monopólica, de modo tanto más seguro y decidido trata ésta de alcanzar un punto en el que el señor o los señores monopolistas se conviertan en funcionarios centrales de un aparato caracterizado por la división de funciones” (Elías, 2009, pág. 418). Muchas de estas funciones, de gran importancia para el buen funcionamiento del Estado, son otorgadas y delegadas por el jefe en cuestión, ocasionando una competencia entre aquellos que aspiran a participar de dicho poder, y que Elías llama “competencia y distribución de oportunidades” (Elías, 2009).

Para Elías, dicha competencia tiene dinámicas diferentes según la etapa del proceso de conformación estatal en que nos encontremos. Las diferencias más evidentes son entre el feudalismo, la sociedad cortesana y la modernidad. En el caso del feudalismo será la pura fuerza de las familias la que mide la capacidad de las mismas para salir triunfantes en este tipo de competencias, mientras que, durante la época de la sociedad cortesana, es el resultado de la época anterior lo que define qué tan competente serán estas mismas familias en el momento de la distribución de las oportunidades. Para el último caso Elías afirma lo siguiente;

“En la etapa siguiente la burguesía se apropia del monopolio de la violencia y del monopolio fiscal, además de los otros monopolios políticos. En esta época, la burguesía es una clase que, en su conjunto, dispone de determinadas

oportunidades económicas bajo la forma de un monopolio sin organizar” (Elías, 2009, pág. 423)

Es gracias a esta apropiación que podemos empezar a hablar del nacimiento de un nacionalismo rudimentario que, pese a no contar con todas las características de sus predecesores más avanzados, ya dejaba avistar sus principales características, como lo son el monopolio de la violencia y el fiscal. Este proceso culmina en la transformación de los intereses privados, en intereses públicos, ya que, en un principio el mantenimiento de los monopolios era una cuestión meramente privada, en cuanto sólo sirve para conservar los intereses de grupos reducidos de gente. Esto sucede gracias a que, al posicionarse en el centro del aparato de mediación y control del monopolio, estos grupos hacen que el mantenimiento del monopolio se vuelva una materia del interés común. Esto es así porque que el monopolio de los poderes económicos y militares se constituyen en una estructura que le permite a muchas de las personas que habitan en el territorio monopolizado llevar a cabo sus actividades diarias y posicionarse mejor en la lucha por la competencia, “En el curso de esta lucha, la propia distribución, es decir la tarea del señor monopolista, pasa de ser una función privada a ser una función pública” (Elías, 2009, pág. 424)

Antes de continuar, hay que mencionar lo siguiente:

“Hemos distinguido dos grandes fases en el desarrollo de los monopolios. La fase de la libre competencia con el impulso para la constitución de monopolios más o menos privados, y la transformación paulatina de los monopolios “privados” en “públicos”” (Elías, 2009, pág. 469). De esta manera queda claro cómo para Elías la instauración de los monopolios necesita una creciente socialización del interés de que funcionen correctamente, pues ya no es solamente el rey quien debe ocuparse de que de los monopolios sino que comienza a ser un tema que preocupa a todo el Estado. Además, existe un entramado burocrático cuya única labor explícita es hacer que estos monopolios funcionen de manera correcta. Y, gracias a una mayor división social del trabajo, cada vez más personas tendrán entre sus intereses que el monopolio funcione de manera correcta y eficiente. En este sentido, para Elías:

“La disolución del gran monopolio centralizado, con la transición del poder de las

manos de un señor o de una oligarquía al poder de disposición de un gran círculo, no supone la multiplicación de pequeños ámbitos de dominación como sucede en la Edad Media, sino que esta transformación, por ser descentralizada, se va convirtiendo en un instrumento del conjunto de la sociedad en la que hay división de funciones, esto es, en un órgano central de lo que llamamos un Estado” (Elías, 2009, pág. 471)

Burguesía

Una vez sentadas las bases del Estado moderno, tenemos que hablar de la importancia de la burguesía en el proceso de creación de la nación, ya que esta nueva clase tuvo un papel de vital importancia gracias a dos procesos diferentes pero que se encuentran estrechamente relacionados entre sí, me refiero al ascenso del capitalismo como forma económica y a las llamadas revoluciones burguesas, con las que finalmente derrotan a los grandes señores absolutistas y se posicionan como clase dominante con pleno control de los monopolios.

Ahora, para explicar el ascenso de la burguesía es necesario retomar la gran preocupación que tenían los señores absolutistas cuando se dieron cuenta de que el aparato burocrático necesario para mantener los monopolios de la violencia, el político y el fiscal dentro de un territorio como el francés era muy complejo. Este aparato burocrático termina siendo la competencia directa que tienen los nobles en su intento de acaparar todo el poder. El Rey termina siendo aquel que debe equilibrar y manejar los intereses tanto de los nobles como de la nueva burguesía ya que, en el fondo, necesita el poder combinado de ambos para poder gobernar y sostener la eficacia del Estado.

Para poder tener el control de todos los monopolios, es necesario tener, como clase social, el político. En este ámbito hay un conflicto constante en cuanto la nobleza empieza a tomar en serio a la burguesía como clase con la capacidad de arrebatarse este monopolio. Acerca de esto Elías afirma lo siguiente “La forma y la tendencia del desarrollo de los monopolios políticos aparecen condicionados en sus diversas

perspectivas por esta diferenciación de la sociedad, por el progreso de la circulación monetaria y el ascenso de clases sociales que poseen dinero y hacen negocios con él” (Elías, 2009, pág. 471)

Antes de continuar y para tener claro el modo de organizar la sociedad que nace de este proceso es necesario hablar de las diferencias entre la sociedad estamental y la sociedad de clases. En primer lugar, tenemos a la sociedad estamental, que es la forma de estructurar la sociedad característica del periodo feudal. Además, como su nombre lo indica está dividida en estamentos y su particularidad está en que la movilización social (o escalar socialmente) es virtualmente imposible, además de que su justificación, como todo lo que pasaba entonces, pasaba por la idea de la divinidad.

Por otro lado, está la sociedad de clases que suplantó al feudalismo y tiene por característica la división de la sociedad en clases que dependen de la posición social según su actividad primaria. En la sociedad de clases tenemos a la burguesía en la cima de la pirámide y son ellos quienes controlan el poder político y el económico porque tienen en su poder los medios de producción, mientras que el proletariado (pese a ser numéricamente mayor) no tienen este poder. Esta sociedad es para Elías la culminación del éxito del proyecto burgués que inicia con los eventos de la Revolución francesa y la destitución del poder de la nobleza, poniéndose a sí mismos al tope del poder político y económico.

Aquí radica la importancia de la burguesía en este proceso. En el momento en que ésta comienza a mostrarse como posible poseedora del poder, la nobleza se encuentra en una situación muy precaria, particularmente en lo económico. Esto se debe a que la nobleza seguía asociando su riqueza y poder a la cantidad de tierras que poseía mientras que poco a poco la burguesía empezaba a tomar más fuerza gracias a que no sólo tenía mucho dinero, que la nobleza necesitaba para mantener su posición, sino que tenía una gran capacidad para producir aún más riqueza.

Es en este momento en que gran parte de la burguesía se encontraba dentro del aparato burocrático del Estado absolutista, ya que tenían la capacidad y los conocimientos necesarios para poder administrar un ente de tal tamaño como lo era

la burocracia necesaria para la manutención de los monopolios estatales:

“El hecho de que aumente el poder político de los funcionarios centrales en una sociedad con una intensa división de funciones es una prueba de que crece la dependencia de otros grupos y clases sociales en relación con un órgano de coordinación y regulación: cuando el poder disminuye, nos encontramos con una limitación de esa dependencia.” (Elías, 2009, pág. 473).

Podemos afirmar que en el caso de nuestro objeto de estudio y la formación histórica del Estado-nación, pasando por la Revolución francesa, lo que sucedía era lo primero, es decir, la burguesía, poco a poco aumentaba su poder político gracias al aumento de la división de funciones. Esta división de funciones se encuentra dirigida gracias a una serie de cambios técnicos en la producción de bienes manufacturados y de productos agropecuarios, de manera que gracias a este cambio existe una sociedad con una mayor interdependencia entre sus clases que la que se tenía durante la Edad Media.

“En esta situación todos los seres humanos, todos los grupos, todos los estamentos o todas las clases están en una situación de mutua dependencia: son amigos, aliados o socios potenciales, y, al mismo tiempo, son emuladores, competidores o enemigos también potenciales” (Elías, 2009, pág. 475). Aquí la idea de competencia es muy importante, ya que tanto la nobleza como la burguesía luchaban para poder desempeñar cargos muy escasos en el gobierno y ambos grupos sociales necesitaron toda su capacidad y habilidad de negociación y de intriga para competir entre ellos y lograr obtener una mejor posición frente al rey.

De tal modo que, pese a que la burguesía y la nobleza compiten por un mismo monopolio, el político, debido a la ambivalencia en sus relaciones, no pueden quitar o destruir por completo al otro, dejándolos en un estado de conflicto continuo que sólo la Revolución francesa pudo terminar.

Esto deviene en una situación en la que ninguna de las partes puede, pese a que en este momento lo deseen profundamente, destruir por completo al otro. De manera que se ven obligados a tener que negociar arduamente para poder llegar a

acuerdos que les permitan conseguir victorias estratégicas para que, en cierto momento, la nobleza o la burguesía ganen un poco de poder dentro del aparato político. Es en este contexto que el papel del rey o “señor central” consigue tener un lugar aún más importante del que tenía anteriormente, ya que se vuelve mediador en este conflicto y necesita de ambas partes para poder continuar con su reinado. En este momento, el “señor central” se refiere a la figura cúspide de la nobleza, que es la que tiene el poder de decisión sobre los diferentes monopolios que tiene la corona.

“No obstante, este sistema de equilibrio no aparece tan sólo como un mecanismo socio genético de la dominación poderosa de los reyes, sino que se encuentra en toda sociedad diferenciada en razón del hecho de la existencia de un dominio unipersonal fuerte, cualquiera sea su nombre” (Elías, 2009, pág. 479). Así que, el rey se encuentra en un estado de equilibrio, en el cual, no puede mover la balanza hacia ningún lado de los dos bandos que se encuentran en continua competencia ya que necesita en misma medida a ambos para poder mantener su posición.

Sin embargo, no hay que perder de vista que el rey no tiene el poder por sí mismo, sino que lo tiene y lo ejerce gracias a las relaciones de interdependencia que se dan entre sus súbditos, lo que quiere decir que sólo se encuentra en esa posición por el estado de las cosas y que si estas llegaran a cambiar su poder podría verse disminuido. Con esto nos referimos al pacto feudal que tiene dos ejes esenciales, en primer lugar, el pacto entre los señores y el rey y el pacto de los campesinos y mercaderes con el señor feudal (Vasallaje). El vasallaje consiste en que los señores feudales debían otorgar seguridad en las tierras a cambio del trabajo y los frutos de este, además de lealtad y en algunos casos, la obligación de los campesinos de acudir a la guerra cuando así lo necesitara el señor feudal. Por eso podemos afirmar que, “el rey, en cuanto individuo, es siempre incomparablemente más débil que el conjunto de la sociedad de la cual es señor” (Elías, 2009, pág. 481).

Políticamente, parece que no hay manera de solucionar el problema que el rey tiene en sus manos, ya que la fuerza política de la nobleza y la burguesía es mediada por las necesidades del rey, y como el rey los necesita a ambos se niega a decantar la

balanza para un lado o al otro. Pero, lo que la nobleza no había tomado en cuenta, era la capacidad del capitalismo para tomar las riendas y suplantar al modelo feudal como modo de producción.

Los principales beneficiarios de esto son, desde luego, los burgueses, ya que su modo de vida y de crear bienes se ve directamente beneficiado por el modelo capitalista. Mientras que los nobles, encuentran que no saben o no pueden participar en estas nuevas formas de crear valor por lo que quedan completamente fuera de la posibilidad de mejorar o mantener su posición frente a una burguesía cuyo poder político y económico no deja de crecer, haciendo que las relaciones entre estas clases sean cada vez más disparejas.

Las relaciones entre ambas clases se vuelven además muy interesantes, ya que la nobleza, al tener que mantener un estilo de vida propio de su clase, se ve obligada a pedir préstamos a la burguesía, Esto constata que la nobleza ha ido perdiendo cada vez más poder económico y, en consecuencia, político. “El rápido avance de la monetización y comercialización del siglo XVI da un impulso considerable a los grupos burgueses y obliga a retroceder, en gran medida, a la mayor parte de la casta guerrera, a la vieja nobleza” (Elías, 2009, pág. 484).

La burguesía poco a poco va arrinconando a la nobleza a una condición de mayor precariedad, lo que conlleva que la influencia política de los nobles tienda también a decrecer. Esto es aprovechado por la burguesía para posicionarse en el centro neurálgico del funcionamiento de la sociedad absolutista y poco a poco imponerse sobre su principal competidor en el control de los monopolios.

“Gracias a este desplazamiento casi total de la nobleza del aparato de dominación política, la burguesía adquiere con el paso del tiempo una posición de suma importancia para las relaciones de equilibrio en el interior de la sociedad” (Elías, 2009, pág. 495). Es así como la burguesía ha ido consolidando su poder no solo económico, sino que además va mejorando su posición política frente al rey lo cual ocasiona el arrinconamiento de la nobleza en su conjunto.

Es durante este proceso que la burguesía adquiere costumbres de la nobleza (o el

(acortesanamiento de esta clase), tomando costumbres e inclusive, en algunos casos, haciéndose de títulos nobiliarios aumentando aún más las contradicciones presentes en este proceso. Es aquí también que, podemos hablar de un primer proceso de formación de identidad dentro de este grupo, hablamos de una identidad de clase y no aún, de una identidad nacional. Es importante aclarar que aquí hablamos de la burguesía como clase, pero para el burgués individual, el único interés es el de mejorar sus propias condiciones y a nivel personal no existe una consciencia de clase que los unifique. En palabras de Elías;

“El objetivo supremo de los burgueses aislados, como se ha dicho, es conseguir para sí mismos y para su familia, un título nobiliario con sus correspondientes privilegios... Ya no quieren acabar con la nobleza como tal, sino, en el mejor de los casos, convertirse en una nueva nobleza para sustituir a la antigua o, por lo menos, obtener una posición análoga a ella.” (Elías, 2009, pág. 484).

Esto se debe, a dos razones principales. En primer lugar, al sólo conocer una manera de organizar una sociedad, el único ejemplo que conocen de clase dominante es el de la sociedad estamental, por lo tanto, al verse ellos en una posición cada vez más poderosa, voltean a ver aquello que ya existió. En segundo lugar, copiar lo hecho por la nobleza trae una serie de ventajas operativas, ya que el aparato completo de dominación usado por la nobleza existe y es eficaz, por lo tanto, la burguesía sólo tendría que tomar el lugar de la nobleza y utilizar los mecanismos de dominación existentes.

Sin embargo, gracias al altísimo grado de interdependencia que existía dentro de esta sociedad, no lograron terminar con la nobleza y ocupar su lugar sino hasta la revolución de 1789.

“De hecho, la revolución de 1789 no es solamente una lucha de la burguesía contra la nobleza. Esta revolución aniquila la existencia social de la burguesía estamental, especialmente de la burguesía *de robe*, de los titulares privilegiados de los cargos públicos del Tercer Estado y del antiguo artesanado gremial y estamental y la aniquila en no menor medida que la existencia del estamento nobiliario.” (Elías, 2009, pág. 486).

Esta revolución sin duda cambia un sinfín de cosas dentro de la sociedad francesa, pero lo que se mantiene es la forma estatal de dominación y es más bien, el último empuje de la burguesía para derrotar por completo a la nobleza y finalmente lograr tomar su posición como parte central de la dominación. En este sentido, la burguesía no necesita cambiar la forma en la que opera el Estado, es decir, la forma en la que maneja los diferentes monopolios que necesita para operar como Estado. Esto es así porque la burguesía tenía gran experiencia en administrar y hacer eficientes tanto el monopolio de la violencia como el económico. Este es el estado de las cosas previo a la Revolución francesa y con ella es que nace el sentimiento nacional como tal y es el punto germinal del nacionalismo que conocemos hoy en día.

Revolución y nacimiento de la nación

Ahora nos proponemos explicar el proceso de la Revolución francesa en clave del nacimiento del nacionalismo y la instauración del Estado, ya no absolutista, sino de una primera versión de los Estados actuales. No hay que olvidar que este momento es clave en la historia de occidente, ya que los ideales de la Revolución francesa permean todas las independencias en América Latina y cientos de luchas por todo occidente, además de seguir presentes, como reivindicaciones, en la actualidad.

Ahora, la Revolución francesa es un proceso que sin duda cambió profundamente al mundo occidental. Entre toda la serie de cambios para la vida social y política de Francia, el que nos ocupa en este momento es el del nacimiento del nacionalismo. No es difícil pensar que la relación entre el nacionalismo y la revolución es muy estrecha, pero yo iría aún más allá al decir que sólo en este contexto, y para tratar de lograr una unidad (nacional) en la recién formada República Francesa de 1792, podía surgir una idea tan potente como ésta.

El proceso de la Revolución obedece a muchas particularidades de la historia francesa. Sin embargo, para entender exactamente en qué momento y bajo qué circunstancias se forma la República, es necesario hacer un breve, pero conciso

recorrido sobre el proceso en cuestión. De manera que así se podrá demostrar la importancia que tiene la idea de nación y cómo desde su nacimiento se utiliza, principalmente para fines políticos. Este pequeño recorrido se hará utilizando principalmente lo escrito por Eric Hobsbawn en su libro “La era de la revolución, 1789-1848”.

“La Revolución francesa no fue hecha o dirigida por un partido o movimiento en el sentido moderno, ni por unos hombres que trataran de llevar a la práctica un programa sistemático. Incluso sería difícil encontrar en ella líderes de la clase a que nos han acostumbrado las revoluciones del siglo XX, hasta la figura posrevolucionaria de Napoleón. No obstante, un sorprendente consenso de ideas entre un grupo social coherente dio unidad efectiva al movimiento revolucionario. Este grupo era la “Burguesía”” (Hobsbawn, 2009, pág. 66).

Como podemos ver, para Hobsbawn, la burguesía tuvo un papel central durante el desarrollo de la Revolución francesa, pero creo que es preciso añadir que, la importancia de este papel no sólo es por la cuestión ideológica que al final termina legitimando el proceso, sino que las consecuencias de la revolución son, en general, favorables para esta clase. Eso es así porque la revolución fue hecha por la burguesía, para la burguesía. Es por eso que, era ella -la burguesía- quien terminaría legitimando el proceso.

Por lo tanto, la burguesía juega en dos niveles. En primer lugar, la cuestión relacionada con el poder político y la economía, elementos esenciales para poder mantener su posición privilegiada en la Francia posrevolucionaria. En segundo lugar, tenemos la cuestión ideológica, que le sirve a la burguesía para poder legitimar el nuevo orden de cosas. En torno a esto Hobsbawn apunta lo siguiente;

“las peticiones del burgués de 1789 están contenidas en la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de aquel año. Este documento es un manifiesto contra la sociedad jerárquica y los privilegios de los nobles, pero no en favor de una sociedad democrática o igualitaria” (Hobsbawn, 2009, pág. 67).

Entonces, la burguesía estaba a favor de cambiar el orden político y económico

monárquico, pero no estaban a favor de abogar por una sociedad igualitaria, lo que esto quiere decir es que querían deshacerse de aquello que frenaba la consecución del poder sobre el Estado, pero querían seguir teniendo masas trabajadoras para poder mantener el nivel de producción. Pese a que hoy pensemos en los ideales de la Revolución francesa como el epítome de la virtud y el deber ser de la democracia y la libertad, es necesario saber que esto no fue del todo así, e inclusive, no era un interés de la burguesía que esto sucediera.

Ahora, ¿cómo se logró que estas ideas, que poco cambiaban la vida de la mayoría de los franceses, fueran aceptadas por ellos? Lo que viene a continuación es una de las mayores creaciones que son consecuencia de este proceso, hablamos de “la idea de nación”. “Sin embargo, oficialmente, dicho régimen no expresaría sólo sus intereses de clase, sino la voluntad general “del pueblo”, al que se identificaba de manera significativa con “la nación francesa”. En adelante, el rey ya no sería Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia, y de Navarra, sino Luis, por la gracia de Dios y la Ley Constitucional del Estado, rey de los franceses. “La fuente de toda soberanía –dice la *Declaración*- reside esencialmente en la nación”. Y la nación, según el abate Sieyes, no reconoce en la tierra un interés sobre el suyo y no acepta más ley o autoridad que la suya, ni las de la humanidad en general ni las de otras naciones” (Hobsbawn, 2009, pág. 67)

Este cambio de perspectiva acerca del lugar de dónde proviene el poder del rey significó una transformación radical en la manera en la que las disputas de poder se llevaron a cabo después de 1789, porque el poder ya no emanaba solamente de Dios, sino que el pueblo, la nación y la constitución tenían un papel activo en cuanto a la dotación de poder y autoridad se trata. Este tipo de cuestionamientos desembocaron en que eventualmente, existiera la posibilidad de cortarle la cabeza a aquél que comandaba por orden de Dios. Esto sin duda, indicaba un cambio paradigmático no sólo en la manera en la que se miraba al poder, sino en la manera en la que se pensaba el mundo.

Es en este momento en el que surge la noción de nación y el nacionalismo, y se usó para justificar la voluntad de un pueblo, azuzado por una clase específica, en su

rebelión en contra del orden establecido. Por esto podemos afirmar que la nación es un elemento esencial para poder entender -en el discurso- a la Revolución francesa ya que logró que la voluntad burguesa se tradujera en los intereses del pueblo en general. “Pero, de hecho, la rivalidad nacional (por ejemplo, la de los negociantes franceses con los negociantes ingleses) y la subordinación nacional (por ejemplo, la de las acciones conquistadas o liberadas a los intereses de *la grande nation*), se hallaban implícitas en el nacionalismo al que el burgués de 1789 dio su primera expresión oficial.

“El pueblo”, identificado con “la nación” era un concepto más revolucionario de lo que el programa burgués-liberal se proponía a expresar. Por lo cual era un arma de doble filo” (Hobsbawn, 2009, pág. 68).

Todo esto influyó en que el modo de organización política, económica y social cambiara drásticamente en un muy breve espacio de tiempo, por lo tanto, hubo una severa inestabilidad en los tres ámbitos, una inestabilidad de la cual, el mundo occidental-feudal no pudo recuperarse nunca. Hablamos entonces de un cambio radical y revolucionario en cuyo centro se encuentra la idea de nación, una idea que promovida por la burguesía, pero que, como dice Hobsbawn, estos no tenían idea del potencial para cambiar al mundo de manera permanente que tenía esta.

Para toda la sociedad francesa del momento, todo lo que sucedía era un hecho sin precedente y, por tanto, se volvía difícil poder actuar de manera planificada. Al respecto Hobsbawn afirma lo siguiente:

“Al cabo de tres semanas desde el 4 de julio, la estructura social del feudalismo rural francés y la máquina estatal de la monarquía francesa yacían en pedazos. Todo lo que quedaba de la fuerza del Estado eran unos cuantos regimientos dispersos de utilidad dudosa, una Asamblea Nacional sin fuerza coercitiva y una infinidad de administraciones municipales o provinciales de clase media que pronto podrían en pie a unidades de burgueses armados –“guardias nacionales”- Según el modelo de París. La aristocracia y la clase media aceptaron inmediatamente lo inevitable: todos los privilegios feudales se abolieron de manera oficial, aunque, una vez estabilizada la situación política, el precio fijado para su redención fue muy alto.

El feudalismo no se abolió finalmente hasta 1793” (Hobsbawn, 2009, pág. 70)

La asamblea nacional se establece cuando los comunes forman una asamblea con el fin de establecer una nueva constitución que dejara atrás las formas del antiguo régimen y representara los intereses “de los franceses” y no de los “Estados generales”, que eran las asambleas que convocaba el rey en las que se velaba, principalmente, por mantener el estado de las cosas. Si bien la burguesía tenía un amplio control sobre lo que sucedía, dentro de la Asamblea Nacional se encontraba una oposición que podía medirse en fuerzas con ella.

Estos eran los *Sans-Culottes* un “movimiento informe y principalmente urbano de pobres trabajadores, artesanos, tenderos, operarios, pequeños empresarios, etc.” (Hobsbawn, 2009, pág. 71). Este grupo pugnaba, dentro de la Asamblea Nacional por “una idea social apenas definida y contradictoria, en la que se combinaba el respeto a la pequeña propiedad con la más feroz hostilidad a los ricos, el trabajo garantizado por el gobierno, salarios y seguridad social para el pobre, en resumen, una extremada democracia igualitaria y libertaria, localizada y directa.” (Hobsbawn, 2009, pág. 71).

Este fue uno de los primeros grupos opositores a la burguesía dentro de la Asamblea Nacional, y de haber tenido una unidad mayor, quizás hubieran podido competir de manera adecuada contra ésta. Sin embargo, no llegaron a cuestionar el tema del nacionalismo y la unidad del pueblo, así como su voluntad como arma de la burguesía para poder tomar el control de la Asamblea Nacional que no velaba ciertamente por los intereses de todos los franceses, aunque se hiciera aparecer como que sí.

“En agosto y septiembre fue derribada la monarquía, establecida la República una e indivisible y proclamada una nueva era de la historia humana con la institución del año I del calendario revolucionario por la acción de las masas de *Sans-Coulottes* de París. La edad férrea y heroica de la Revolución francesa empezó con la matanza de presos políticos, las elecciones para la Convención Nacional, probablemente la asamblea más extraordinaria en la historia del parlamentarismo, y el llamamiento para poner una resistencia total a los invasores. El rey fue encarcelado y la invasión

extranjera detenida por un duelo de artillería poco dramático en Valmy” (Hobsbawn, 2009, pág. 74).

De esta manera, fue que la Revolución francesa logró finalmente reducir la presencia de la aristocracia en los libros de historia. Este nuevo orden de cosas traería una serie de problemas sin precedentes, los cuales variaban en su naturaleza, pero todos tenían el común denominador de ser movimientos que trataban de capitalizar la inestabilidad política y militar de Francia, desde invasiones como la de Inglaterra y la de Prusia, como conflictos internos tratando de desestabilizar al gobierno central. Es en este contexto en el que los jacobinos, se hacen del poder de la Convención Nacional y terminan poniendo en marcha uno de los procesos más famosos de la Revolución francesa, “La época del terror”. Esta época termina con la caída de Robespierre en el año de 1797, lo cual sume, de nuevo, a Francia en una crisis y en una inestabilidad profunda.

Sin embargo, como señala Hobsbawn:

“En Francia establecieron la inexpugnable ciudadela de los pequeños y medianos propietarios campesinos, artesanos y tenderos, retrógrada desde el punto de vista económico, pero apasionadamente devota de la revolución y la República que desde entonces domina la vida del país. La transformación capitalista de la agricultura y las pequeñas empresas, condición esencial para el rápido desarrollo económico se retrasó, y con ella la rapidez de la urbanización, la expansión del mercado interno, la multiplicación de la clase trabajadora e, incidentalmente, el ulterior avance de la revolución proletaria.” (Hobsbawn, 2009, pág. 77).

Es esta Francia la que dentro del gran desorden que se vive busca, en el ejército (que fue amasado por los jacobinos), un líder fuerte que pueda resolver la situación y sacarlos de la continua crisis en la que habían estado sumidos desde el inicio de la Revolución. Es por eso por lo que no debe de sorprendernos que bajo este contexto surja la figura fuerte de Napoleón, que con su viveza política y su capacidad de mando pudo ordenar y empujar a Francia a una nueva época de conquistas que, al momento de la Revolución se veían como imposibles. En este sentido, lo que Napoleón termina haciendo es recuperar el proyecto burgués original

y ponerlo en marcha, siendo exitoso justamente por su capacidad de liderazgo y su gran habilidad militar, además de retomar el monopolio de la violencia en el nuevo régimen al que ya podemos llamar burgués.

Con esto terminamos el recorrido histórico que nos lleva a la invención de la Nación, gracias a este, podemos reafirmar la gran importancia que tuvo esta idea para el surgimiento de la burguesía como clase y su eventual posicionamiento en el centro de la vida política y económica de un país. La idea de nación fue utilizada, para poder legitimar una Asamblea Nacional y luego una Convención, que decía velar por los intereses del pueblo.

En este caso concreto, podemos ver que existe una coincidencia histórica en el nacimiento de la nación, el nacionalismo y el derrocamiento del antiguo régimen feudal y el advenimiento de la burguesía como clase dominante en todos los espacios de la organización política y económica. Por lo tanto, podríamos afirmar que el nacionalismo se usó como herramienta politizadora de una clase en particular para poder legitimar sus acciones en nombre de toda la sociedad en su conjunto.

Sin embargo, no hay que olvidar que el nacionalismo, pese a sus orígenes, tiene un significado enorme para las personas, además de, como veremos más adelante, un gran potencial revolucionario y emancipatorio. En este sentido, podemos retomar la siguiente reflexión de Eric Hobsbawm;

“Es evidente que en el mundo “desarrollado” del siglo XIX la construcción de varias “naciones” en las que se combinan el estado-nación con la economía nacional fue un factor central de la transformación histórica y que como tal se vió. En el mundo “dependiente” de la primera mitad del siglo XX y por razones obvias especialmente en la parte colonizada del mismo, los movimientos nacionales pro liberación e independencia fueron los principales agentes de la emancipación política de la mayor parte del globo, es decir, la eliminación de la administración imperial y, los que es más significativo, de la dominación militar directa por parte de las potencias imperiales, situación que hubiese parecido casi inconcebible hace siquiera medio siglo. Si bien en teoría, como hemos visto, estos movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo tuvieron por modelo el nacionalismo de Occidente, en la práctica

los estados que intentaron construir generalmente eran, como también hemos visto, lo contrario de las entidades étnica y lingüísticamente homogéneas que en Occidente se ha dado en considerar como la forma clásica del “estado-nación” No obstante, incluso en este sentido eran *defacto* más parecidos que distintos del nacionalismo occidental de la época liberal. Ambos eran típicamente unificadores además de emancipadores, aunque en el segundo caso era más frecuente que en el primero que las aspiraciones superan las posibilidades de hacerlas realidad.” (Hobsbawn, 1997, pág. 180)

En la que podemos entender un poquito mejor como del nacionalismo, al menos en la parte teórica, es un elemento clave en los movimientos emancipatorios y un eje esencial la liberación de muchos grupos históricamente oprimidos. Las tensiones entre el nacionalismo liberador y su versión opresora nos obligan a hacer un análisis profundo acerca de cada tipo de nacionalismo y los movimientos emancipadores tienen que encontrar la manera y los mecanismos para que no se conviertan en un movimiento opresor.

Capítulo dos: Reflexión teórica sobre el nacionalismo

Después de hacer un breve recorrido teórico acerca del origen del nacionalismo, y para comprender cómo funciona la idea hoy en día, es necesario conocer a quienes se les considera como máximos exponentes de la materia. Con esto me refiero a los autores que se citan en artículos y libros que pretenden tratar y problematizar el tema del nacionalismo. En este sentido, tenemos tres grandes referentes -a quienes vamos a recuperar- de la teoría del nacionalismo; Eric Hobsbawn, Benedict Anderson y Ernest Gellner.

Aunque antes de hacer esto, es importante pensar en términos históricos cómo la teoría del nacionalismo ha sido tratada a través de los años y qué concepción del término se tenía antes de la existencia de los trabajos de Hobsbawn, Anderson, Gellner y otros autores que contribuyeron a crear una nueva oleada teórica del nacionalismo.

“Pocos temas históricos o políticos han experimentado una revolución en su tratamiento académico comparable a la sufrida por el nacionalismo en las últimas décadas. Hasta mediados del siglo pasado, la visión consagrada partía de la base de que el nacionalismo era una idea o doctrina política, comparable al liberalismo o al marxismo, y que el sentimiento de pertenencia a una colectividad nacional era un fenómeno natural, que había existido a lo largo del todo el pasado humano.” (Álvarez, 2016, pág. 1)

Este es un punto de gran importancia ya que, como veremos, poner en duda la naturalidad de la idea o de la pertenencia a una nación es parte esencial de las teorías que surgen gracias a la “revolución” de la que habla Álvarez Junco. Es importante mencionar otro detalle; que la nación es un fenómeno netamente moderno y que solo tiene sentido gracias a la lógica de la sociedad de la post Revolución francesa.

Más adelante revisaremos los pensamientos y teorías han surgido basadas en los

trabajos de estos tres autores (Hobsbawn, Gellner y Anderson. Lo que hay que mencionar es que las tendencias políticas del análisis empiezan a variar en gran medida, ya que los autores ven bajo diferentes luces los aportes del nacionalismo a una sociedad.

La nación es una idea que puede mover las creencias e ideales más profundos que pueda tener una persona, y la historia ha demostrado cómo la humanidad es capaz de cometer actos inenarrables en nombre de la nación, como máximo testamento de esto tenemos las dos guerras mundiales.

También hay que cuestionarse muchas cosas acerca del funcionamiento de una idea como el nacionalismo ya que es la idea que ha ayudado a configurar la forma principal de organización política, social y económica que la humanidad utiliza actualmente; los Estados. Aquí podemos hacernos una pregunta sencilla pero muy importante; ¿Cómo se mantienen juntos? Quizás el nacionalismo sea respuesta, ya que, como ya se dijo, la misma historia nos muestra cómo en nombre del nacionalismo y la nación han luchado y muerto millones de personas movidos por una idea que consideraban mucho más grande e importante que sus propias vidas.

Es momento de empezar con las definiciones de nación que nos proporcionan estos tres grandes autores que mencioné al principio del capítulo. En primer lugar, tenemos la de Eric Hobsbawn;

“Vemos, pues, que ni las definiciones objetivas ni las subjetivas son satisfactorias, y ambas son engañosas. En todo caso, el agnosticismo es la mejor postura que puede adoptar el que empieza a estudiar este campo, por lo que el presente libro no hace suya ninguna definición apriorística de lo que constituye una nación. Como supuesto inicial de trabajo, se tratará como nación a cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una «nación». Sin embargo, que tal conjunto de personas se considere de esta manera es algo que no puede determinarse sencillamente consultando con autores o portavoces políticos de organizaciones que reivindiquen el estatuto de nación para él. La aparición de un grupo de portavoces de alguna «idea nacional» no es insignificante, pero la palabra «nación» se emplea hoy día de forma tan general e

imprecisa, que el uso del vocabulario del nacionalismo puede significar realmente muy poco. (Hobsbawn, 1998, pág. 16).

La cautela que tiene Hobsbawn para acercarse a un tema como este, que puede llegar a ser tan delicado para muchas personas, me parece encomiable y completamente comprensible. Por otro lado, podemos ver que, al menos a priori, Hobsbawn dice que la nación existe siempre que sus miembros se consideren a sí mismos como parte de ésta y, por lo tanto, la nación emana de los individuos que se reconocen en ella. Sin embargo, Hobsbawn advierte que existen instituciones y grupos políticos que se hacen llamar a sí mismos portavoces de una nación, pero estos no pueden existir sin una noción de nación previa.

Aunque Hobsbawn “valoraba el nacionalismo en función de su adecuación a los ideales democratizadores, a su capacidad de integrar a sectores de población en la comunidad política: hubo, según él, un nacionalismo liberal en el siglo XIX, cuando el principio nacional servía para ampliar mercados y abrir espacios políticos emancipados del absolutismo monárquico o de las ataduras feudales.” (Álvarez, 2016, pág. 8). En este caso, parece ser que la perspectiva de Hobsbawn sobre el nacionalismo es positiva, ya que, permitió que las sociedades europeas de la época se liberaran de las ataduras feudales, y de manera aún más importante, cambiaron el modelo productivo.

Esto tiene como consecuencia el advenimiento de la burguesía como clase dominante, que, como buen marxista, Hobsbawn no considera un evento positivo. Pero, en un inicio, el nacionalismo fue muy útil y necesario para poder dejar atrás un modelo anterior de organización social. Sus cualidades positivas duraron poco tiempo a ojos de Hobsbawn, ya que, rápidamente, y cuando la burguesía, y sobre todo la pequeña burguesía, se hicieron de una mayor cantidad de poder, podemos ver cómo, las ideas asociadas al concepto de nacionalismo se transformaron radicalmente.

“Pero todo cambió, continuaba Hobsbawn, entre 1870 y 1914. La pequeña burguesía, y no las clases medias ilustradas, se convirtió en el portaestandarte de la idea nacional, fomentada por gobiernos interesados en bloquear derrotos

igualitarios e incluso socializantes hacia los que se encaminaba el liberalismo democrático” (Alvarez, 2016, p. 8). Álvarez Junco añade sobre lo que dice Hobsbawn acerca del cambio en la concepción del nacionalismo “Su definición se vio entonces dominada por elementos raciales o lingüísticos, y en su defensa se distinguieron caudillos populistas que excitaron a las nuevas masas urbanas con sentimientos xenófobos, anti obreros y antisemitas” (Alvarez, 2016, p. 8).

Hobsbawn atribuye este cambio de contenido del concepto de “Nación” al aumento del poder que ejercía la pequeña burguesía a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX. Este cambio permitió que el proceso de aglutinación y homogenización de las sociedades europeas se acelerara, ya que los sentimientos xenófobos lograron que se cerraran filas hacia el interior de las naciones y se alejara todo lo que viniera de fuera. Desde luego, esta versión del nacionalismo no le parece positiva a Hobsbawn, pero, en términos generales es esta versión divisoria y xenófoba la que abunda en muchos de los sentimientos nacionalistas actuales.

Y son estos, los valores nacionalistas que se reivindican entre los grupos de extrema derecha, sobre todo en Europa. Este es el nacionalismo al que podríamos llegar a considerar peligroso, ya que, en un mundo interconectado y con flujos migratorios tan grandes como lo es el actual, los fundamentalismos nacionales se encuentran diariamente con aquello a lo que tanto repudian. Esto tiene como consecuencia que estos grupos que suelen ser de extrema derecha, se vuelvan un riesgo para la vida en sociedad.

Ahora bien, Hobsbawn dice que para que exista una cohesión social que permita que este nuevo orden post feudal tenga éxito es necesario que existan una serie de tradiciones o elementos que logren hacer que los individuos se identifiquen como miembros de una misma comunidad. Esto quiere decir que las clases dirigentes necesitaban iniciar un proceso de “invención de una tradición”

“Por “invención de una tradición” entendían, según sus propias palabras, “un conjunto de prácticas y de rituales de carácter simbólico, regidos por reglas expresas o por normas aceptadas tácitamente, cuyo objetivo es inculcar ciertos valores y normas de conducta por repetición, lo cual automáticamente supone

continuidad con el pasado.” (Alvarez, 2016, pág. 9)

Esta tradición sustituía, como dice Anderson en “Comunidades imaginadas”, muchas de las tareas que la religión llevaba a cabo antes de la instauración de los Estados y su acaparamiento de lo que hoy llamamos funciones civiles. Pero también llevaba a cabo las funciones de cohesión social que tenía la iglesia. Eran estas “nuevas tradiciones” los lugares en los que se construía una nueva comunidad y tiempo después, en los que se le mantenía. Tiene sentido pensar que lo que se hizo fue simplemente sustituir a la religión como el centro cívico de la sociedad y utilizar la estructura de sus ritos y sus tradiciones para poder crear una nueva identidad y una nueva comunidad basada ya no en los principios religiosos sino en los civiles.

Desde luego que esto no implica que la religión, como idea y como institución, dejara de existir o que su importancia en la vida diaria de las personas fuera nula. Pero es cierto que el Estado hizo suyos una serie de espacios que antes no poseía y que le permitieron cohesionar una nueva sociedad que requería de esto para poder salir adelante. Este proceso es lo que llamamos “laicización” de la sociedad.

La idea de que la nación tiene un origen subjetivo, es decir, que simplemente existe en cuanto a que los individuos sienten que pertenecen a un colectivo más grande que su individualidad es muy interesante. Y, por otro lado, la idea de que la nación existe más allá de los individuos que la componen son aproximaciones contradictorias a este campo de estudio que, como bien apunta Hobsbawn, nunca tendrá explicaciones que nos dejen sin dudas y que nos den certezas acerca de los mecanismos que operan en el nacionalismo y su reproducción dentro de los Estados.

Benedict Anderson, por su parte, afirma lo siguiente; “Así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de los otros, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. (Anderson, 1993, pág. 23).

Esto nos indica una de las características más importantes del nacionalismo para Anderson, que es su carácter de imaginado, ya que, en muchas ocasiones esta comunidad imaginada es tomada como una cuestión real y existente, aunque cayendo en un caso clásico del teorema de Thomas, es real en sus consecuencias pese a estar basado en un principio que podría ser imaginado. Es justo por esto que, pese a poder ser imaginada, debe ser tomada muy en serio, ya que, esta es la base que tienen la mayoría de nuestras estructuras políticas más importantes y de aquí su importancia.

También, Álvarez Junco anota lo siguiente sobre lo expuesto por Anderson; “El nacionalismo en la Europa occidental reemplazó a la religión como vehículo que respondía de una manera imaginativa a los problemas y preocupaciones perennes en los seres humanos (la debilidad, la enfermedad, la soledad, el envejecimiento, la muerte); y, al igual que las religiones, estaba unido a un lenguaje sagrado compartido y a unos textos o manuscritos fundacionales.” (Álvarez, 2016, pág. 6). De manera que el nacionalismo pasa a ser la herramienta (laica) con la que las personas empiezan a ordenar el mundo que los rodea, esta manera de ordenar, a su vez, tiene una estructura muy similar a como se ordenan las religiones.

En primer lugar, tiene un mito fundacional en el cual, la vida de las personas que participaron durante estos hechos se ve exagerada y transformada para que encajen en la narrativa que la élite y quienes ordenan en este nuevo Estado desean. También, en este paralelismo que Anderson hace con el nacionalismo occidental y las religiones, encontramos a los rituales civiles, que, en esencia son extremadamente similares a sus contrapartes religiosos a los que reemplazan.

Hay ejemplos muy evidentes de esto, sobre todo en aquellas tareas que antes llevaba a cabo la iglesia, como lo son las bodas y el registro civil, pero también existen otros, por ejemplo, todo aquello que tiene que ver con la relación de los ciudadanos con los símbolos patrios, el himno nacional y el saludo a la bandera, entre otros. Todos estos eventos, de gran importancia en la socialización de un individuo en un Estado moderno, tienen una gran inspiración en los ritos religiosos que, en el fondo, lo que buscaban era más o menos lo mismo, obtener lealtad y

crear una comunidad que comparta símbolos e historia, crear un ritual “religioso” laico y en definitiva, republicano.

“Otra originalidad de Anderson era que retrotraía los orígenes de este sentimiento comunitario a la revolución técnica en los medios de comunicación que se inició con la imprenta y a las grandes conmociones derivadas de las guerras de religión.” (Alvarez, 2016, pág. 7). Esto es muy importante para entender el alcance que tuvo la idea de la nación, ya que Anderson afirma que, de no ser por la capacidad de hacer llegar el mensaje a millones de personas mediante la imprenta y su uso generalizado en la época, no sería posible lograr que existiera este sentimiento de pertenencia o de comunidad que, para Anderson, define al nacionalismo.

Es justo por esto que el nacionalismo es un fenómeno completamente moderno y su existencia no sería posible en cualquier otro período de la historia. Por lo tanto, podemos afirmar que el nacionalismo es una característica del hombre moderno y como ideología, obedece a las particularidades sociales, políticas e históricas de la época. Esto es relevante porque elimina la posibilidad de que el nacionalismo sea un fenómeno inherente al ser humano o algo natural, por lo tanto, es producto de las condiciones de la sociedad de mediados del siglo XVIII.

Otro punto muy importante de su definición es su carácter de comunitario, existe en la nación la idea de estar conectados con los demás miembros de la misma, de compartir experiencias e historias, pero, sobre todo en el caso de las naciones más grandes en cuanto a su extensión territorial, esto puede resultar ser completamente el caso contrario. Las consecuencias de esto las podemos ver muy claramente en la actualidad, sobre todo en la diferencia entre las experiencias de vida entre el campo y la ciudad. Las diferencias entre estos dos modos de vida que se encuentran en todos o en casi todos los Estados son diametralmente distintas, con diferencias tanto en la manera de vivir su día a día como en la manera en la que se ordena la realidad.

Pero, debido a este sentido de comunidad inculcado por el nacionalismo, estas personas cuyas experiencias de vida son diametralmente distintas, piensan y sienten que tienen un pasado en común y una serie de experiencias no sólo

similares, sino iguales, por el hecho de haber nacido en la misma nación. De aquí la importancia de ciertas fiestas que puedan ayudar a proporcionarle a la gente una identidad y una idea de un pasado común. En el caso de América, por ejemplo, esta es proporcionada principalmente por las independencias y sus respectivas fiestas y conmemoraciones de cada año, dándoles un sentido de pertenencia y de comunidad a los habitantes de estos países. ¿Qué son las independencias criollas sino revoluciones burguesas locales? Me parece que no es posible enfatizar lo suficiente la importancia de esta sensación de comunidad, ya que es una de las bases y la fortaleza que tiene el nacionalismo para poder lograr una unidad nacional que le permita sobrevivir a las presiones externas de otros Estados y otros nacionalismos.

A esta definición le faltan dos ejes muy importantes, que son los dos tipos de nacionalismo de los que habla John Breully, el étnico (o cultural) y el cívico. No alcanza a decirnos de dónde viene la nación y qué características tiene fuera de su carácter de imaginado y que crea comunidad, pero es cierto que nos sirve a la perfección para hacer una definición preliminar en la que ahondaremos con la ayuda de otros autores.

A esto podemos añadir la definición que nos da el historiador checo Miroslav Hroch “Definamos la nación como un gran grupo social integrado no por una, sino por una combinación de varios tipos de relaciones objetivas (económicas, políticas, lingüísticas, culturales, religiosas, geográficas e históricas), y su reflejo subjetivo en el consciente colectivo. Muchos de estos lazos pueden ser sustituibles –algunos teniendo un papel particularmente importante en el proceso de construcción de la nación y no más que un papel subsidiario en otros. Pero entre ellos, tres se muestran como irremplazables: una “memoria” de algún pasado en común, tratado como el “destino” del grupo- o al menos como el su constituyente nuclear; una densidad lingüística o lazos culturales que permiten un mayor grado de comunicación social dentro del grupo que fuera de él; una concepción de igualdad de todos los miembros

del grupo organizados como una sociedad civil”¹ (Hroch, 1996, pág. 79)

Esta definición nos proporciona varios elementos diferentes para el análisis. En primer lugar, establece que la nación es una combinación de relaciones objetivas, y aquí entran elementos que son claves para poder entender la vida social en la modernidad. De modo que podemos afirmar que la nación es clave para poder entender la vida moderna y, asimismo, entender cómo operan en las personas estas relaciones y cómo confluyen en los individuos en la forma de nación.

Otro elemento de gran importancia, que se liga fácilmente al sentido de comunidad del que habla Anderson, es la idea de “memoria” y “destino”, estos dos conceptos son compartidos por todo el grupo o nación. Son estos conceptos y la manera en la que los viven las personas que habitan en cierto territorio lo que los une y los lleva a pensar que son parte de una misma cosa, creando la idea de comunidad en lo que Hroch llama “el consciente colectivo”. Es importante también mencionar que esta “memoria” y este “destino” son compartidos por todos los habitantes pertenecientes a la nación, de manera que existe una razón para trabajar juntos y no caer en discusiones ya que, en teoría, discutir no va a beneficiar al grupo en su totalidad.

Aquí podemos ver también, la importancia de la cultura en la creación y mantenimiento de una nación. La cultura refleja que son todas las relaciones objetivas de las que habla la definición. La cultura en común, para el nacionalismo, es la manera en la que los individuos expresan estas relaciones. Sin embargo, lo que esta definición no deja claro es qué sucede cuando estas relaciones objetivas son diferentes dentro de una misma nación. Volvamos al ejemplo de las diferencias entre la vida rural y la vida urbana: de entrada, las relaciones económicas son distintas, y es debatible si las demás lo son también, de ser así, podríamos encontrar una contradicción entre la manera en la que se entiende la cultura en el medio rural, en relación con cómo se hace en el entorno urbano.

En ese caso, encontramos una tensión entre un Estado que empuja hacia la unidad

¹ Traducción propia

(porque depende de manera absoluta de esta unidad) y la realidad social que objetivamente se le presenta a los individuos.. Por otro lado, no hay que dejar de pensar en que la lógica del capitalismo es la que en última instancia mueve la mano del Estado para obrar de cual o tal manera, y lo que les interesa a ambos es mantener el estado de las cosas, por lo tanto, existe una presión sistémica para evitar que estas diferencias se vuelvan algo más que meras percepciones por parte de los individuos.

A este respecto Ernst Gellner esboza dos definiciones de lo que es una nación. En primer lugar, dice lo siguiente: “Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación.”. Y, en segundo lugar; “Dos hombres son de la misma nación si y sólo si se reconocen como pertenecientes a la misma nación. En otras palabras, las naciones hacen al hombre; las naciones son los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Una simple categoría de individuos (por ejemplo, los ocupantes de un territorio determinado o los hablantes de un lenguaje dado) llegan a ser una nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación, y no los demás atributos comunes, cualesquiera que puedan ser, que distinguen a esa categoría de los no miembros de ella.” (Gellner, 2001, pág. 20).

Al respecto a lo escrito por Gellner, Junco apunta lo siguiente: “El nacionalismo era, para él, un producto directo de la industrialización y la modernización, idea que produjo un gran impacto debido a su monocausalidad, su rigor lógico y su relativa sencillez” (Alvarez, 2016, pág. 5). De aquí podemos entender la gran importancia que tiene Gellner en la teoría del nacionalismo, ya que su planteamiento es fácil de entender y posee una gran claridad analítica que le permite ser transmitido con gran facilidad.

La parte que resulta más interesante rescatar de la definición de Gellner es la cualidad de auto reconocimiento que se le da a la nación. La nación sólo existe en

cuanto les permite a los individuos reconocerse en los otros miembros de su sociedad. Una vez más, la cuestión cultural es esencial para entender a la nación, pero dentro de esta definición no es lo central, ya que este puesto lo ocupa la noción de reconocimiento del prójimo.

Sin embargo, este reconocimiento sólo es posible gracias a una cultura, entendida como “un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación”. Por lo tanto, en el caso de que estas ideas o signos no sean comunes para dos personas que habiten dentro de un solo Estado, podríamos encontrar conflictos para que estos dos individuos se reconozcan como miembros de la misma nación.

También sucede que, pese a que esta cultura pueda ser la misma, mientras no exista este reconocimiento de que estos individuos son parte de un todo más grande, “la nación”, difícilmente podríamos hablar de que esta última existe. Pero puede ser que esto suceda dentro del marco de un Estado y que no ocasione ningún problema, ya que, como lo dice el mismo Gellner; “Así pues, cuando no hay Estado, no surge el problema del nacionalismo. Ello no quiere decir que surja en todos y cada uno de los Estados. Por el contrario, sólo lo hace en algunos.” (Gellner, 2001, pág. 18) Por lo tanto para que exista el nacionalismo es necesario que exista un estado, pero no en todos los Estados existe un nacionalismo.

En cuanto al papel del Estado en la transmisión y perpetuación del nacionalismo, Gellner dice que existe un empuje por parte de las élites para que este nacionalismo exista y se reproduzca. Sobre esto, Álvarez Junco apunta lo siguiente del trabajo de Gellner; “Ante todo ello, los Estados y las élites dirigentes encontraron en el nacionalismo el instrumento que facilitaba el crecimiento económico, la integración social y la legitimación de la estructura del poder” (Alvarez, 2016, pág. 6)

Educación y nacionalismo

Es mediante la educación que este sentir es principalmente transmitido, ya que es gracias a esta que se logra hacer una homogeneización cultural dentro de un

territorio específico y dónde se enseñan los valores y principios nacionales. Este empuje desde las élites, además de promover el sentir nacionalista, promueve también, un orden y una legitimación que las élites tanto deseaban después de terminar con el gobierno de los reyes y hacer de lo “civil”, la forma de gobernar.

Gracias a esto podemos entender la necesidad por parte de los gobiernos recién formados, principalmente en el caso de las jóvenes naciones latinoamericanas, de crear un sentir nacional que los aglutinara con relación a los demás, a la otredad. La importancia de la educación en el proceso de creación y mantenimiento del sentir nacionalista es sumamente importante, porque es, en última instancia, gracias a ella que este nuevo orden, que depende del nacionalismo, existe.

Me gustaría añadir también, la perspectiva del estadounidense Michael Billig, que habla sobre lo que él mismo denomina el “nacionalismo banal”. Esto se refiere al nacionalismo que está siempre presente, pero al que la gran mayoría de la población no le presta mucha atención. Pensando en esto se hace la siguiente pregunta ¿dónde se encuentra la identidad? Pensando en los sitios o momentos en los que esta llega a los individuos y llega a la siguiente conclusión:

“La identidad no hay que buscarla en la mente de los individuos, sino en los símbolos diarios, en la calle: en el himno nacional que se canta en los acontecimientos deportivos, como la entrega de medallas de los Juegos Olímpicos; en la bandera nacional que cuelga del edificio de correos y a la que, en caso de que le prestemos atención, no consideramos opresora ni vigilante.” (Alvarez, 2016, pág. 10)

Esto último es lo que vuelve a esta forma del nacionalismo tan peculiar, ya que no nos parece una cuestión impuesta, sino que, al contrario, es común y normal que los símbolos patrios se encuentren exhibidos en los edificios públicos o que existan las ceremonias cívicas para demostrar el afecto a la patria. No olvidemos que, este es el mismo nacionalismo que sirvió para homogeneizar a una sociedad que, en su momento, necesitaba un cambio en su manera de ser organizada.

Este es uno de los grandes éxitos que tuvo la burguesía al idear un concepto como lo es el de la nación, ya que, lograr hacer que se viera como algo deseable y casi

natural el hecho de que exista un recordatorio constante de la presencia de un Estado suena difícil de creer. Por lo tanto “La nación se introduce en los ciudadanos todos los días, de una manera inconsciente, como parte de su naturalidad” (Alvarez, 2016, pág. 10) Y esto demuestra la gran capacidad del Estado de auto reproducirse y de transmitir sus valores y símbolos hacia la población.

A propósito de una concepción más general y que toca muchos de los elementos vistos en los autores que ya revisamos, tenemos una definición hecha por el historiador israelí Shlomo Sand, a la cual él mismo califica de ser de “tipo ideal en el sentido Weberiano”. Ya que considera que, en la realidad, no existe ningún ejemplo en el que suceda exactamente como lo propone, sino que se limita a hacer una guía analítica para poder entender mejor cómo funciona el nacionalismo.

“En primer lugar, una nación es un grupo humano en el que la educación universal da origen a una cultura de masas homogénea que afirma ser común y accesible a todos sus miembros. Luego la nación da origen a una percepción de igualdad civil entre todos los que son vistos y se ven a sí mismo como sus miembros. Este cuerpo civil se considera a sí mismo como soberano, o exige la independencia política en los casos donde todavía no ha alcanzado esa independencia.

Luego, Sand expone que debe de haber un continuo lingüístico-cultural unificador – o por lo menos alguna idea general sobre semejante continuo- entre los representantes reales del poder soberano, o los que aspiran a él, y el último de los ciudadanos. Además, al contrario de los súbditos de los soberanos del pasado, la ciudadanía que se identifica con la nación es consciente de pertenecer a ella, o aspira a ser parte de ella, con el propósito de vivir bajo su soberanía

Finalmente, la nación tiene un territorio común del que los miembros se sienten y afirman ser los únicos propietarios y cualquier ataque sobre ese territorio se considera tan poderosos como una amenaza a su propiedad personal. y la actividad económica agregada dentro de las fronteras de este territorio nacional, después del alcance de la soberanía, se vio más estrechamente interconectada –al menos hasta finales del siglo XX- que sus relaciones con otras economías de mercado” (Sand, 2008, pág. 51)

Esta definición hace una comparación sobre la percepción de los individuos entre el modelo feudal y el modelo capitalista del cual la nación, es un elemento central. La comparación es importante, ya que, este fue un periodo de cambios muy profundos en occidente y el efecto que estos tuvieron en la sociedad del momento aún tiene consecuencias hoy en día. El énfasis en la percepción es relevante, ya que parte clave del nacionalismo es que los individuos deben de sentirse parte de un complejo mucho más grande que sus individualidades, por lo tanto, para que tenga éxito, es importante conocer y reconocer las diferentes percepciones de los individuos sobre los temas que trata la nación.

“La contribución más importante de los marxistas al estudio de la nación fue llamar la atención del estudio de la nación sobre la estrecha relación que había entre el ascenso de la economía de mercado y la cristalización del Estado-nación. Sostuvieron que el avance del capitalismo destruía los mercados autárquicos, cortaba sus lazos sociales específicos y abría el camino para el desarrollo de nuevas clases de relaciones y de conciencia (...) Estas economías formaron la base para el ascenso del Estado-nación, con su lenguaje y cultura uniformes. El capitalismo, la forma más abstracta de control de la propiedad, requería por encima de todo de un sistema de leyes que santificara la propiedad privada y el poder del Estado que asegurara su cumplimiento.” (Sand, 2008, pág. 46)

Aquí me parece que Sand deja muy clara la relación entre la capacidad ordenadora del nacionalismo y la necesidad que tenían los Estados (y la burguesía) de que este orden fuera lo común. También, la relación que este orden tiene con el ascenso del capitalismo como modo de producción y de ordenamiento de una sociedad. Es interesante pensar que, según Sand, fueron los marxistas quienes llegaron a este conocimiento sobre el nacionalismo, ya que, el nacionalismo no entra en la teoría marxista tradicional, debido a que las divisiones entre países no son trascendentes si se les compara con las consecuencias de las divisiones de clase.

De la naturaleza de uso

Me gustaría también tratar como la naturaleza de la idea de nación cambia según quién sea el que lo emplee, para esto, se puede utilizar lo escrito por Michael Hardt

y Toni Negri. Estos dicen que la nación puede ser un concepto opresor y conservador, pero, al mismo tiempo tiene la capacidad de volverse emancipador y revolucionario, esto sobre todo en el caso de lo que podemos llamar subalternidad. Esta capacidad, según estos autores, está presente desde su concepción;

“Podríamos suponer que, en todas aquellas ocasiones en las que el concepto de nación se presentó como popular y revolucionario, como en realidad ocurrió durante la Revolución francesa, la nación escapó del moderno concepto de soberanía y de su aparato de sometimiento y de dominación y se volcó, en cambio, a una noción democrática de comunidad. El vínculo entre el concepto de nación y el concepto de pueblo fue, en verdad, una potente innovación y constituyó el centro, tanto de la sensibilidad jacobina como de la de otros grupos revolucionarios.” (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 121).

Esto es importante porque mucho se ha hablado aquí sobre la capacidad del nacionalismo, para homogeneizar y controlar a una población, cuando es cierto que también tiene la capacidad de ser liberadora y revolucionaria en su contenido como idea. Esta visión más optimista no se contradice con las acepciones más críticas del nacionalismo porque son diferentes lados de una misma cosa, es decir, el nacionalismo puede ser usado de ambas maneras.

“Para decirlo más claramente, parecería que, mientras en manos de los dominadores el concepto de nación promueve la estasis y la restauración, en manos de los dominados es un arma empleada para impulsar el cambio y la revolución. La naturaleza progresista del nacionalismo subalterno queda definida por dos funciones primarias, ambas en alto grado ambiguas. Ante todo, la noción se presenta como progresista en la medida en que hace las veces de línea de defensa en contra de la dominación de naciones más poderosas y de fuerzas externas económicas, políticas e ideológicas.” (HARDT & NEGRI, 2005, pág. 125)

Esta es la parte esencial de este enfoque, ya que el nacionalismo desde la subalternidad sólo es revolucionario en contraposición a los nacionalismos de los dominadores. Por tanto, es necesaria la existencia de una dominación previa para que el nacionalismo se vuelva una noción revolucionaria. Esto no quiere decir que

pierda sus cualidades homogeneizadoras, pero empieza a usarse para hacer reivindicaciones que tanto Hardt como Negri consideran revolucionarias.

Un claro ejemplo de esto sucede en América Latina, ya que existen nacionalismos en resistencia, un buen ejemplo podría ser el cubano, que pretende anteponerse y enfrentar los intereses imperialistas de los Estados Unidos. En estos casos, las reivindicaciones nacionales se vuelven muy importantes para crear una identidad que busca hacerle frente al fuerte empuje de los países poderosos para hacerse de aún más de la riqueza latinoamericana.

Aunque este fenómeno no se limita solamente al espacio latinoamericano, ni siquiera se limita al espacio de la subalternidad, dentro de los países “centrales”, sobre todo en Europa (no tanto en Estados Unidos o en Canadá) existen reivindicaciones nacionalistas alternativas a las propuestas por la forma Estado-nación. Tenemos a los escoceses, a los bávaros, vascos y catalanes por nombrar a algunos de los más notables y cuyas reclamaciones nacionalistas se encuentran ya en una parte avanzada de un proceso histórico que pretende la emancipación del Estado nación.

Sin embargo, hay que poner mucha atención en estos casos, porque es probable que encontremos que el empuje de estos nacionalismos alternativos empiece por parte de las burguesías locales que pretenden liberarse de un control central establecido en el marco del Estado nación. Por lo tanto, estos nacionalismos no entrarían en la definición de Hardt y Negri en cuanto sus reclamos no son revolucionarios ni democratizadores, para esto, es necesario hacer una revisión de las condiciones históricas, económicas y políticas en las que se lleva a cabo cada una de las luchas independentistas.

Todo esto nos da una serie de perspectivas teóricas sobre el nacionalismo que, nos ayudan a entender, desde diferentes puntos de vista, cómo funciona y qué elementos entran en juego cuando hablamos de nacionalismo. Es evidente que, diversos enfoques para tratar un mismo tema eventualmente llevan a desacuerdos y contradicciones entre sí y siempre hay que tener presente de dónde parten los autores al momento de escribir.

Es por esto también, que se vuelve casi imposible llegar a una definición general de lo que es el nacionalismo, ya que existen diversos nacionalismos y, la manera en que cada nación institucionalizó su manera de hacer nacionalismo influye en cómo opera éste. De manera que los nacionalismos europeos son más similares entre sí, sobre todo si los comparamos con los Latinoamericanos, ya que la historia conjunta de cada uno de estos grupos de países es diferente.

De modo que, lo que no podemos negar es que el nacionalismo está ligado a un contexto histórico determinado (el paso de la sociedad feudal a la sociedad capitalista), a una organización política y económica determinada (el capitalismo y los Estados-nación) y finalmente, a una manera de entender el mundo (la modernidad). Debido a que es el estado quien en última instancia promueve y protege al nacionalismo y quien suele controlar el Estado moderno es la burguesía, podemos decir que la clase más interesada en la existencia y el éxito del nacionalismo es la burguesía.

Esto no quiere decir que ciertos movimientos subalternos no se hayan apropiado del concepto para resignificarlo y darle un potencial revolucionario, esto es lo que afirman Hardt y Negri. Es gracias a esta posibilidad, que el nacionalismo puede volverse una herramienta para lograr la emancipación por parte de ciertos pueblos históricamente oprimidos. Sin embargo, es necesario no olvidar el origen y la intención que en su origen tiene esta idea.

Capítulo tres: sobre la construcción de un nacionalismo alternativo

Para poder ver claramente cómo las discusiones teóricas sobre el nacionalismo tienen un impacto en la realidad, creo que es importante analizar algún ejemplo de un nacionalismo que se encuentra en constante construcción. Para esto elegí caso catalán, ya que, en mi opinión, es un buen ejemplo de un nacionalismo que tiene una gran fuerza en el territorio que lo comprende, pero se encuentra en un punto intermedio ya que no se ha podido formar como un Estado independiente.

Es buen ejemplo también, porque nos permite poner a prueba mucho de lo dicho por los autores que fueron revisados en el apartado anterior. Además, nos permite ver cómo un nacionalismo, que rechaza a un Estado al que considera opresor, se ve obligado a no sólo a relacionarse con él, sino que también termina siendo subordinado por él.

Otro elemento importante es que este ejemplo nos permite ver el efecto concreto que tiene la educación en el contexto de la creación y un mantenimiento del nacionalismo. Claro está que, para que este proceso sea exitoso, es necesario que haya un interés y un apoyo por parte del Estado (en este caso el gobierno catalán). Es en este momento en el que las particularidades del caso catalán y la manera en la que España está organizada en “comunidades autónomas” entra en acción y es lo que permite que exista esta educación que promueve el nacionalismo catalán sobre el español.

La cuestión de clase también debe de ser analizada porque, como ya se mencionó, la creación y el mantenimiento de un nacionalismo obedece a intereses de clase específicos. Es preciso analizar cómo estos intereses de clase interactúan con las diferentes clases en el territorio catalán y con todas en el espacio del territorio español. Todo esto para poder corroborar la teoría de que la existencia de un

nacionalismo específico obedece a los intereses de una clase en particular.

Para poder hacer todo esto, es necesario hacer un pequeño análisis histórico de la conformación del Estado español y de la creación de lo que podemos llamar identidad española, ya que, esta es la única manera para poder entender las relaciones entre España y Cataluña. Este análisis histórico permitirá también conocer cómo se construyó el nacionalismo español y cómo se relaciona éste con el catalán y entender cómo funciona la anteposición de lo catalán en contra de lo español.

Para empezar, habría que preguntarse de dónde viene la noción del ser Español, la respuesta, para muchos, se encuentra tanto en la religión como en la corona, ya que estos afectaban directamente el modo de organización político y económico del territorio. En el caso español esto se refiere a los diferentes reinos que conforman los territorios de la corona, en este sentido, es el rey y sus territorios los que definen, en un inicio, lo que es España.

“Este es un dato político crucial en la historia de España: que hay un Estado, un único poder supremo, una monarquía compleja y confederal, que tiene una burocracia, emite normas y recauda tributos, aunque no sean los mismo en cada uno de los reinos o señoríos. No es una nación, grupo humano unido por un sentimiento de solidaridad frente a otros y aspirante a la soberanía política, sino una estructura de poder que abarca territorios muy variados y con un alto grado de autogobierno. Su soberano no es la colectividad sino el rey, que es también el nexo de unión entre los distintos territorios. Pero aquella unión, aquel conglomerado, ha mantenido sus fronteras casi inalteradas durante quinientos años, fenómeno nada despreciable en la inestable Europa moderna.” (Alvarez, 2016, pág. 144)

La figura del rey tiene un papel central en la configuración de España como Estado, pero también lo tenía hace quinientos años, ya que fue gracias a ellos que, pese a que el territorio tenía una población muy variada (con mención especial a catalanes y vascos), se pudo unificar mucho antes que sus demás “adversarios europeos”. Esto les permitió obtener un gran poder y formar un gran imperio mucho antes que sus contrapartes europeas, lo que les permitió tomar colonias y posesiones en

ultramar mucho antes que los demás.

Otro punto importante es que es gracias al poder del rey que se podía mantener un aparato burocrático y legal tan vasto como el que existía en la España imperial y era este mismo poder, el que lograba que estas leyes se siguieran. De ahí que mucho de la identidad española esté ligada a la figura del rey. Desde luego, la figura del rey se encuentra muy ligada a la iglesia y a la religión. La religión católica que, evidentemente, era la oficial y la única aceptada abiertamente en el reino; De aquí que unos elementos importantes para la formación de una identidad fueron “las duras medidas de Fernando e Isabel para transformar en homogéneamente cristianos aquellos territorios que acababan de reunir, obligando a bautizarse o a salir de sus reinos a los judíos primero y a los musulmanes más tarde.” (Alvarez, 2016, pág. 146).

Esto nos demuestra la importancia de la homogeneización de la población en la construcción de una identidad nacional, en particular en el ámbito de la religión, que, en aquel entonces, era lo que se consideraba como más importante. De aquí que la identidad española, en sus principios estaba muy ligada a los valores religiosos que eran pregonados a partes iguales por la corona y por la iglesia. Tampoco hay que perder de vista que son estas dos instituciones las que de facto ejercen el poder en el territorio y esta homogeneización, les permite legitimar su poder.

“Se fue pues, construyendo una identidad muy marcada, con un fuerte componente religioso. Porque, precisamente en el momento en que la nueva monarquía se convertía en gran potencia europea, Europa había entrado en una etapa de conflicto religioso generalizado” (Alvarez, 2016, pág. 147). Este conflicto se refiere a la reforma protestante, que provocó que en los lugares en los que la iglesia católica y por tanto el Vaticano ostentaran más poder, se trató de enaltecer los valores religiosos “correctos” y demeritar todo aquello que fuera diferente, creando una identidad definida en su mayor parte por la fe que profesaban los individuos.

Es este conflicto y la posterior reafirmación de los valores que pregonaba el Vaticano lo que sentó las bases de lo que sería la identidad española, pero, no hay que olvidar que también existió una base histórica que miraba y enaltecía un pasado

romantizado que no necesariamente existió. “Erasmus anotó que el rasgo colectivo que caracterizaba a los españoles era que “no ceden a nadie la gloria militar”” (Alvarez, 2016, pág. 148). Estas palabras de Erasmo de Rotterdam fueron la base de la identidad no religiosa de los españoles que, en su momento de mayor poderío imperial, ciertamente no tenían rival en cuanto a capacidad militar se refiere.

Por lo tanto, la identidad nacional española se basaba, a mediados del milenio, en dos ejes, el eje religioso y cristiano, que estaba estrechamente ligada a la corona y al poder que esta tenía, y a las glorias militares de la época. Sin embargo, con el paso del tiempo y el agrandamiento de las instituciones civiles y su papel en la vida privada y pública empezó a suceder un cambio de foco de la identidad tradicional y religiosa a una basada en otro tipo de cualidades.

Esta secularización de la identidad sucede en España al mismo tiempo que en la mayoría del resto de los países europeos, podemos decir que forma parte del mismo proceso. “El siglo XVIII fue el momento de transiciones desde las antiguas construcciones identitarias que podríamos llamar etnopatrióticas, basadas en la lealtad al rey y a la verdadera fe y en hazañas guerreras, a la nueva visión nacional, con la colectividad como sujeto soberano” (Alvarez, 2016, pág. 148).

Para que esto fuera posible fue necesario que las grandes instituciones que, desde hace cientos de años ya operaban en España, tomaran un papel central para que propagaran este sentido de identidad y de comunidad cívica, sin embargo, a diferencia de lo que pasó en Francia, no fue necesario terminar con la figura del rey. Al contrario, la corona fue, mediante el uso de sus instituciones como las reales academias, quién tuvo un papel central para que esta nueva identidad se propagara y se mantuviera en el territorio español.

La intelectualidad de la época también tuvo un papel muy importante en este proceso, ya que fueron ellos quienes lograron idear y explicar esta nueva identidad nacional. Fue desde las academias burguesas que se creó la justificación de la situación en la que vivían y, como suele suceder con los nacionalismos, se culpó a agentes externos por los problemas o dificultades por las que pasaba España. Los intelectuales “... aportaron, por ejemplo, una reelaboración de la historia que

enalteció la imagen de la colectividad, el pueblo español, atribuyendo los males de los últimos siglos a un agente extranjero, la dinastía de los Habsburgo. Me refiero al antiaustracismo, origen del futuro mito nacional liberal” (Alvarez, 2016, pág. 149).

En este caso hubo una fuerte alianza entre la corona y los intelectuales (burgueses) que por primera vez podían dar (casi) rienda suelta a sus creaciones artísticas siempre que estas tuvieran la finalidad de enaltecer el espíritu nacional. Esto tenía el propósito de homogeneizar un territorio que, desde su unificación se había caracterizado por ser muy heterogéneo, hasta tal grado que las diferencias culturales dentro de los distintos territorios ahora unificados llegaron a ocasionar severos conflictos.

Este intento de homogeneización corresponde, una vez más, a un proceso continental más grande en el que los localismos comienzan a ser sustituidos por un sentimiento de colectividad mediado por un Estado central. Sin embargo, en lugares como el País Vasco y Cataluña esta homogeneización no logró terminar con las reivindicaciones nacionales que ya existían desde muchos siglos atrás.

No hay que olvidar que el siglo XVIII en Francia fue un periodo de mucha agitación en contra de la antigua corona de ese país y desde luego, esto no se encontraba en los intereses de los nobles españoles. Al contrario, fueron estos mismos quienes con la ayuda del clero, propagaron en la población esta nueva idea de nación. Es por esto que; “el esfuerzo nacionalizador no llegaba más allá de los círculos de las élites cultas, cercanas a la administración central de la monarquía... Quien seguía informando y formando la opinión popular sobre todo rural -que era la abrumadoramente mayoritaria- era el clero católico, que mantenía su discurso basado en la lealtad a la religión y a la institución eclesiástica.” (Alvarez, 2016, pág. 151).

Por lo tanto, el esfuerzo nacionalizador no tuvo la oportunidad de separarse en ningún momento de los intereses de la iglesia católica y fueron de la mano para construir una nueva identidad nacional basada en los valores más profundos del catolicismo. Del mismo modo, se rechazó todo lo que sonara a francés para evitar que los nobles españoles compartieran la misma fortuna que tuvieron los franceses.

Además, fue la propia iglesia la que se encargó de propagar esta nueva identidad que pretendía unificar de manera ideológica a las diferentes coronas que componían al reino de España.

El hecho de que el esfuerzo nacionalizador no quiso o no pudo separarse de la influencia ideológica y organizativa de la iglesia que marcó en gran medida el desarrollo de la construcción tanto del nacionalismo español como el de la nación misma. Todos estos valores católicos y antiguos, es decir, premodernos, permearon la constitución del “ser español”, lo cual permitió que en algunas regiones del país (principalmente las más “industrializadas”) quisieran separarse de este nacionalismo que consideraban primitivo y, desde luego, anti-moderno.

“En resumen, los datos indican que, al terminar el Antiguo Régimen, existía una fuerte identidad española y que las élites ilustradas estaban intentando dotarla de un contenido moderno, es decir, nacional. Pero los elementos centrales alrededor de los que estaba construida eran la lealtad al rey y la religión, aparte de un orgullo relacionado con las hazañas guerreras de los antepasados y la tierra ubérrima en la que la divina providencia había situado a este pueblo excepcional. Nada de esto era precisamente moderno.” (Alvarez, 2016, pág. 154) Desde luego, esto solo hace referencia a los inicios del intento de nacionalización de un país y no corresponde al proceso posterior a las cortes de Cádiz en 1814 que tuvo otras particularidades pero que nunca fue capaz de desprenderse de la noción católica y tradicional del ser español.

En este sentido, podemos ver que, quien controla la educación controla la forma de hacer nación y en el caso del primer intento formal de crear una nación moderna, se encontraron con que el principal aliado de la corona, la iglesia, no pretendía modernizar a una sociedad que ya de por sí se encontraba sumida en una especie de retraso ideológico en comparación con sus contrapartes europeos, principalmente con sus vecinos franceses que estaban sumidos en una revolución ideológica y política sin precedentes. Más adelante veremos cómo una vez entrados en la modernidad, en parte gracias a la invasión napoleónica, el control de la educación determinó en gran medida el tipo de nación que se pretendía crear. No

es gratuito que los Estados modernos tengan la necesidad de controlar férreamente la educación popular, más no la privada, para poder decidir la dirección que tomará una nación.

Es muy importante tomar esto en cuenta para poder ser críticos con lo que se enseña en relación a la construcción de la nación de la que uno es parte y analizar si el mito fundacional específico de esta nación tiene un contenido que defienda o ponga en buena luz a un grupo en particular. Esto se puede sumar a la importancia de ser críticos con todo aquello que damos por sentado de la nación, ya que lo que se enseña puede ser utilizado para que trabaje en contra de nuestros propios intereses.

Volviendo a las particularidades del caso español que le abrieron las puertas al nacionalismo catalán, la nación poco a poco se volvió un eje muy importante en la organización del Estado y eventualmente tuvo un papel más importante que el del rey, al menos en el imaginario de los dirigentes españoles. Es en este momento en el que “los diputados gaditanos aprobaron los célebres artículos segundo y tercero de la constitución: “la Nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona”; y “la soberanía reside esencialmente en la Nación y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales” (Álvarez, 2016, pág. 160).

Aunque aquí no queda claro a quién exactamente se refiere la constitución al mencionar la Nación (con mayúsculas), ya que, pese a que es evidente en dónde reside la soberanía del territorio, la nación como noción política puede llegar a ser confusa y particularmente ambigua. Se entiende, por experiencia, que suele ser que esta soberanía tiene sus bases en los principios de la democracia representativa, censitaria y masculina, y como tal, depende de los diputados y demás representantes ejercer esta soberanía, en teoría, a favor de sus constituyentes.

“El principal problema que caracteriza el proceso nacionalizador español del siglo XIX y primer tercio del XX y lo que lo diferencia radicalmente de otros nacionalismos europeos, es que carecía de objetivos definidos” (Álvarez, 2016, pág. 164). Esto es importantísimo entenderlo para poder comprender el origen del nacionalismo

catalán moderno, en contraposición al nacionalismo español. La falta de un proyecto de nación, de un proyecto político y económico ocasiona que, aquellos sectores de la sociedad que desean ser parte de la modernidad que permeaba al resto de Europa no estuvieran satisfechos.

Desde luego, la falta de proyecto tiene que ver con las complicadas particularidades del Estado español en su conjunto y con la poca capacidad de organización que se tenía en ese momento, tanto en el ámbito político, como en el ámbito de la sociedad civil. Sin embargo, existió un impulso que, a su manera, logró modernizar la organización de un Estado que se encontraba sumido en una premodernidad que no pasaba desapercibida en el resto de los países europeos.

Este era un impulso liberal y con intenciones de abrir espacios para que algunos elementos de la sociedad (principalmente la burguesía) participara en la construcción de un proyecto de nación. Pero, se encontraron con la férrea oposición de la iglesia, ya que, para ella, todos estos impulsos modernizadores de lo que siempre fue una sociedad tradicional y arraigada en los principios católicos, implicaba una intolerable pérdida del poder y del control que ostentaban en el pasado.

Álvarez Junco lo explica de la siguiente manera; “el catolicismo conservador tenía una incompatibilidad básica con el planteamiento nacionalista, derivado de la revolución liberal: porque para el primero la soberanía procedía de arriba, de Dios y residía en el monarca mientras que para el segundo la soberanía venía de abajo, de la voluntad colectiva y residía en la nación.” (Alvarez, 2016, pág. 166).

Este es un cambio que se vivió en toda Europa, pero no es para sorprenderse que en España sucediera un poco más tarde en relación con el mismo proceso en diferentes países europeos. Esto denota también el gran poder político que tenía la iglesia católica en el territorio, ya que era ella principalmente la que podía ayudar al Estado español a establecer y empujar este nuevo nacionalismo. Además, en este proceso se pretendía quitarle ciertas competencias a la iglesia, en particular lo relacionado con el registro civil, por lo tanto, este nuevo nacionalismo implicaba una severa pérdida del poder y control social que tenía la iglesia sobre la población.

Es por esto por lo que la derecha española, aún anclada en los principios más duros del catolicismo y el conservadurismo, intentó evitar el avance del nacionalismo moderno, ya que lo veían como una persecución de los derechos de la iglesia. Esto sin duda ocasionó que el proyecto modernizador de la política, las instituciones y la economía españolas se viera aún más atrasado por los conflictos internos que esta situación generó.

Eventualmente, la derecha española terminó por aceptar que el camino al éxito político pasaba por hacer un nacionalismo en el que estuvieran presentes los valores católicos y con esto, hacerle frente al nacionalismo laico y afrancesado que pregonaban los liberales. “La nación española defendida por esta corriente política era, desde luego, inseparable del catolicismo. De ahí que escribieran historias nacionales, destinadas a rivalizar con las liberales, para explicar que, en el pasado, España había sido una gran potencia cuando había sido fiel a su identidad católica y había decaído cuando había cedido a la tentación de imitar a los países apartados de la verdadera fe.” (Alvarez, 2016, pág. 168).

Esto inauguró una dinámica interesante, ya que no existía solamente un proyecto de nación liberal, sino que se tenían dos, ambos con sendas contradicciones y diferencias con el otro. Esto ocasionó un severo conflicto que se exacerbó con el ambiente político internacional de la época. “La internacionalización de la lucha obrera, que empieza como proceso en los años 1880” (Alvarez, 2016, pág. 168). Con esto, la derecha española pasó a usar la nación (católica) como su eje de lucha, en contra del internacionalismo y la lucha de clases que defendía la izquierda más extrema.

Esto sentó las bases de lo que años después sería la guerra civil, pero, para llegar a este punto, fue necesario que la idea de la nación española sufriera un par de cambios más. En este sentido, entramos al período que Álvarez Junco llama “El ambiente regeneracionista”, que comprende de 1900 a 1930, este periodo, desde luego supone los momentos previos a la guerra civil española que, a su vez, se circunscribe en un proceso más grande del que se desprende la segunda guerra mundial. Se puede decir que la guerra civil fue el campo de pruebas no sólo militar

de la segunda guerra mundial sino de los elementos ideológicos que a la postre también tuvieron un gran peso en esta guerra.

Esto es interesante porque, es en este periodo en el que se enfrentan de la manera acérrima dos tipos de nación completamente diferentes. Por un lado, tenemos la nación conservadora y estrechamente ligada a los valores de la iglesia católica y aunada a la concepción guerrera de la nación española. Por el otro lado, estaba la idea de nación moderna, laica y, en algunos casos, muy ligada al internacionalismo proletario que pretendía, eventualmente, terminar con la existencia de las naciones y de las clases sociales.

“El periodo primorriverista marcó un hito en el proceso evolutivo de la idea de España. Nadie hasta entonces había hecho un esfuerzo como el que hizo la Dictadura para afirmar el españolismo. Un españolismo concebido, desde luego, en términos tradicionales: catolicismo, monarquía, centralización administrativa, homogeneidad cultural y lingüística en torno a lo castellano y mantenimiento de las jerarquías sociales y las pautas autoritarias del gobierno.” (Alvarez, 2016, pág. 177). Esto, sin lugar a duda, tuvo un efecto en las periferias que, debido a este empuje hacia lo castellano se sentían dejadas de lado en el proyecto de nación de este proceso primorriverista. El continuo enaltecimiento de “la patria”, y no de cualquier patria, sino que este proceso tenía una idea muy específica de lo que tenía que ser la nación y el patriota español, una concepción que se alejaba mucho de los ideales liberales y laicos.

Este nuevo nacionalismo se contrapuso al nacionalismo liberal, pero para tener la eficacia que necesitaba, tuvo que transformarse un poco en relación con los nacionalismos conservadores que lo habían precedido. Por ejemplo, el énfasis en el rey, la iglesia y demás baluartes de la identidad conservadora desapareció, para darle lugar a la vaga idea de la “nación” y de “patria”, que, pese a que englobaba y hacía referencia a los valores conservadores no los nombraba explícitamente, esto con la intención de, desmarcarse ligeramente de estas instituciones y así poder tener éxito en lugares donde normalmente no lo tendría.

Este tipo de nacionalismo fue el que, “apoyó a Primo de Rivera y que alimentó la

oposición a la Segunda República” ya que era un nacionalismo que “había abandonado los elementos críticos, agónicos, liberales, cultos, anticlericales, que habían caracterizado a regeneracionistas o a institucioncitas, y ofrecía en cambio una imagen popular optimista, apoyada en un folklore superficial y en una religiosidad tradicional” (Alvarez, 2016, pág. 234).

Este nacionalismo fue el que sentó las bases del que apoyaría a Francisco Franco y a su dictadura que sacaría del poder a la República española y se asentaría como la única opción identitaria en España durante la duración del control militar del gobierno. Este “cambio de imagen popular y optimista”, aunado al carácter de folklore de este nacionalismo ayudó a que echara raíces en las partes rurales y alejadas del impulso modernizador de las grandes ciudades. Por lo tanto, a grandes rasgos, comenzó a suceder que la nación se entendía de manera diferente en el ámbito rural en contraposición a como se entendía en el ámbito urbano.

El ámbito rural, especialmente en un país profundamente religioso como lo es España, siempre estuvo acompañado muy de cerca de la iglesia, y el poder que esta tenía a principios de siglo, y ni hablar del período franquista, durante el cual eran fuertes aliados no sólo de las comunidades locales rurales sino de la gran burguesía española y, desde luego, del gobierno central. Es evidente que este nuevo nacionalismo primorriverista le vino muy bien a la iglesia para consolidarse aún más dentro del ámbito rural ya que era un elemento esencial para construir este nuevo nacionalismo.

Ahora, en cuanto al nacionalismo se refiere el período de la república es muy interesante, ya que, de alguna manera se buscó cambiar la concepción que se tenía de la nación, para ubicarla en un sentido mucho más progresista y darle un sentido de comunidad y de ciudadanía del que antes carecía. “a los reformistas los movían indiscutibles impulsos nacionalistas o patrióticos: el célebre objetivo institucionista de “formar hombres” significaba formar ciudadanos, “educar al pueblo”, para que de verdad pudiera ser “soberano”, significaba incorporarle a la nación” (Alvarez, 2016, pág. 183).

Esto es muy importante porque la idea nacionalizadora se basa más bien en la

creación de un individuo informado que sea capaz de incorporarse a la nación por sus propios medios, medios que, desde luego, son aportados por el Estado. Esto nos regresa a la importancia de la educación en el proceso de la creación de un proyecto de nación, además de la importancia de esta en el proceso de constitución de ciudadanía.

Este proceso de construcción dio pie también al nacimiento de un fuerte movimiento sindicalista que tendría sus orígenes en la idea de un trabajo dignificante y bien remunerado pero que no se detendría solo en eso, sino que buscaba subvertir el orden burgués. Entre estos movimientos tenemos en Cataluña alguno de los más notables, por ejemplo la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que fue fundada en 1910 y que desde entonces luchaba con la tensión interna entre el nacionalismo catalán y los principios de solidaridad obrera que la caracterizaban.

Sin embargo, era ya en 1918, un par de décadas antes de la proclamación de la República Española, que veíamos discursos como el siguiente, en el que el anarco sindicalista Salvador Seguí trataba de reconciliar las posturas entre el sindicalismo y el nacionalismo independentista:

“Seguí, en la intervención clave dijo: “Nosotros queremos que que Cataluña no sea una colonia, como esas que tienen los señores fabricantes de Barcelona en las que están esclavizando a sus obreros. Nosotros queremos que Cataluña sea un pueblo libre, consciente y bien administrado. Nosotros somos más catalanes que ellos, que tanto alardean de catalanismo” y clausuró el acto con un “¡Muera Cambó!, ¡Viva la Comuna! “ (¿de París?)

Con esto se salía al paso del nacionalismo catalán de poner a la CNT a la cola de un movimiento autonómico, en momentos en que crecía la agitación catalansita. En enero, el arquitecto Puig i Cadafalch (uno de los grandes del modernismo catalán, autor, entre otras, de la bellísima Casa Amatller) a nombre de la Lliga había propuesto a la CNT a través de Valero, una alianza con el somatén que culminara en un movimiento armado para autonomiar Cataluña violentamente. Valero había rechazado la propuesta. No había sido el único acercamiento y coqueteo. Ya en noviembre del año anterior *Solidaridad Obrera* había salido al paso con una editorial

en el que se decía, fijando posiciones: “El pueblo quiere libertad, quiere autonomía quiere independencia; pero seguramente no quiere una libertad escrita en los códigos, ni quiere una autonomía que sólo permita desenvolver libremente el comercio y la industria, ni una independencia que separe una región de otras para que constituya un gobierno y un estado aparte. (Así se) habrá cambiado de tiranos, pero no de tiranía. (Taibo II, 2016, página 90)

Esto nos muestra como el proyecto de nación de la izquierda iba a tener que batallar desde su concepción con las pulsiones independentistas, en el país vasco y principalmente en Cataluña. Para paliar esto, se tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para alinear los intereses de los diferentes grupos que eventualmente conformarían el frente que abogaría por la Segunda República Española. De estos, uno de los más interesantes y más relevantes para el nacionalismo es la construcción del concepto de ciudadanía.

Esta fue particularmente importante para lograr que las nuevas generaciones creyeran en el proyecto de nación que la república pretendía instaurar. El problema fue que tenían que competir con el antiguo sentimiento nacionalista que ocasionó que este nuevo empuje no fuera tan bien recibido, sobre todo en las zonas rurales del país. En este sentido, las brigadas educadoras tomaron un papel en la construcción de esta nueva ciudadanía, la cual dependía de dejar atrás los valores católicos conservadores ligados a la esencia del ser ciudadano.

Claro que este impulso no fue recibido con buenos ojos por parte de los sectores conservadores que, con todas las herramientas a su disposición se opusieron enérgicamente a este nuevo proyecto de nación ya que ellos argumentaban que, en vez de llevar a España hacia el siglo XX y la modernidad liberal, lo que hacía era destruir los pilares en los que la identidad nacional estaba construida. Cosa que no era enteramente falsa, ya que efectivamente la intención era quitarle peso y autoridad a la iglesia y, en consecuencia, disminuir la presencia de los valores conservadores que tan fuertemente arraigados estaban en la sociedad española.

Quizás fue esto uno de los factores principales que ocasionaron que el ala conservadora de la sociedad española de la época se movilizara en contra de la

república y sus políticas liberalizadoras. “Lejos de reconocer la intención nacionalizadora de las políticas republicanas, denunciaban en ellas lo opuesto: su diabólico proyecto de “destruir España, de desnaturalizar la esencia nacional” (Alvarez, 2016, pág. 184). Evidentemente, este llamado a defender la misma esencia del ser español ocasionó que muchas personas vieran con mucho recelo las brigadas educadoras puestas en marcha por la república, particularmente en las comunidades y regiones en las que la iglesia estaba muy arrimada al poder político.

Como bien apunta Álvarez Junco “El núcleo central de su discurso era la defensa de la España auténtica, que para ellos sólo podía ser la tradicional: católica, castellana, de orden y (sólo en último lugar ya, y no para todos) monárquica”. Además, añade; “este es uno de los aspectos cruciales de la guerra civil de 1936-1939: que en ella se enfrentaron dos concepciones de la nación; es decir, que ambos lados creían estar defendiendo a España, y ambos, curiosamente, contra una amenaza exterior.” (Alvarez, 2016, pág. 184).

Esto es importante porque, en un conflicto en el que, como es normal, ambos lados se piensan como poseedores de la razón, la cual justifica cualquier acción tomada en contra del otro bando, sucede que se encuentran luchando, a su manera, por la misma razón. Sin embargo, la defensa de España significa una cosa diferente para cada uno de los bandos y, esta diferencia se ve reflejada en el marco teórico con el cual justificaban sus acciones. Pero, la idea de nación que se encontraba más arraigada, por siglos de trabajo por parte de la iglesia y sus aliados conservadores, era aquella monárquica y conservadora, por lo tanto, los republicanos tuvieron que hacer un esfuerzo aún mayor para poder justificar ante el pueblo español su posición y acciones.

La defensa de la nación por ambos bandos sólo tiene sentido en este contexto, ya que, para unos, los Republicanos, el enemigo a vencer eran los viejos ideales que constituyen una antigua y conservadora idea de nación. Por otro lado, la idea conservadora se defiende aludiendo a que los liberales eran extranjerizante y atacaban lo que ellos consideran como el eje constitutivo de la nación y del sentirse español, además, es preciso mencionar que, este punto de vista era el que, por

razones históricas, más arraigado se encontraba en la población de la España de la guerra, sobre todo en las zonas rurales donde la autoridad máxima solía ser la iglesia católica.

La lucha de diferentes proyectos de nación no era un fenómeno para nada nuevo cuando sucede en España, pero en este caso tiene la particularidad de que se vuelve el campo de preparación para lo que sería la mayor guerra en la historia de la humanidad. Además muchos de los valores que se enfrentaron durante la guerra civil española lo hicieron también durante la segunda guerra mundial. Por lo tanto, no se vuelve difícil encontrar la inspiración y el apoyo que recibieron ambos bandos de la guerra civil. Por un lado, estaban los republicanos que eran apoyados no sólo ideológicamente por la Unión Soviética, sino que también existía una pequeña pero importante ayuda militar. Del lado golpista, el fascismo español se vio apoyado principalmente por la Alemania nazi que, comenzaba a prepararse para la gran guerra y parte de esta preparación fue la puesta en práctica de ciertas tácticas y la prueba de maquinaria de guerra en el conflicto español. El caso más famoso de esto es, desde luego, el bombardeo de Guernica, efectuado por la fuerza aérea alemana en conjunto con la italiana y desde luego, los golpistas.

Con esta ayuda, la guerra acabó con la victoria del lado golpista y con la instauración de la dictadura de Francisco Franco, la cual terminó con su muerte y la transición a la democracia en el año de 1977. Durante estos años, la variedad de nacionalismos propios de la nación española (particularmente el caso vasco y el catalán), se vieron duramente atacados por parte del gobierno intolerante y totalitario que se estableció después de la guerra. Esto ocasionó que, en las zonas más reprimidas, el nacionalismo alternativo que, en ese entonces se veía como una especie de desafío rebelde en contra de la intolerancia promovida por el Estado, no hiciera más que crecer desde las sombras.

Esta intolerancia se llevó a cabo desde un gran número de trincheras, pero “El terreno donde se concentró el mayor esfuerzo fue, desde luego, el educativo. Para empezar, con la depuración de los maestros de escuela, de amplitud desconocida en el funcionariado español, que demostró que la enseñanza llamada “laica”

suscitaba odios y temores superiores incluso al comunismo revolucionario.” (Alvarez, 2016, pág. 187). Una vez más, podemos observar la importancia que tiene el ámbito educativo en la construcción de un proyecto de nación y su respectivo patriotismo. En el caso de la posguerra esta educación se volvió aún más necesaria para poder mantener y contener las reivindicaciones del bando derrotado en la guerra, ya que, pese a la derrota por las armas aún existía mucha gente dispuesta a luchar por aquello en lo que creían.

“En cuanto a los contenidos educativos, se añadió con carácter obligatorio una “Formación del Espíritu Nacional” a todos los niveles, que porfiaba en las reivindicaciones y agravios históricos de España. Lo prioritario, para el régimen, era inculcar patriotismo. Sin embargo, al dejar la enseñanza en buena medida en manos del clero, la religión pugnaría con la patria por la primacía. La guerra civil se había librado “por Dios y por España”, pero esos dos altares presentaban exigencias no siempre compatibles” (Alvarez, 2016). Este empuje desde la educación no estaba solo, sino que fue un empuje nacionalizador completo y que se llevó a cabo en todos los niveles de la vida pública con el afán de que éste se permeara hasta los confines de la vida privada de los ciudadanos menos convencidos con el nuevo régimen y de esta manera sumarlos a este nuevo proyecto de nación.

Desde luego, este empuje nacionalizador siempre tuvo sus problemas, ya que, sobre todo en las zonas del país en las que se reivindicaba algún tipo de nacionalismo alternativo, encontró una serie de desafíos que a la fecha siguen teniendo consecuencias. “Un segundo problema del esfuerzo nacionalizador fue que carecía de capacidad -y de voluntad- integradora. En la nueva España sólo cabía la gente de orden, católico-conservadora, identificada con lo castellano. No sólo pretendía eliminar todo lo que oliera a liberal o pudiera interpretarse como “extranjerezante”, sino también toda afirmación cultural local o regional que pudiera servir de base a reivindicaciones particularistas o autonomistas” (Alvarez, 2016, pág. 189).

Paradójicamente, esta misma postura fue la que ocasionó que los nacionalismos regionales, en particular el caso catalán y el caso vasco, se volvieron una manera

de oponerse y resistirse a las pretensiones de un gobierno central que no aceptaba ni concebía otra manera de ver el mundo más que la propia. Además, estos nacionalismos al volverse abiertamente reprimidos por parte del gobierno de Franco, en muchas esferas legitimaron sus reivindicaciones y se volvieron luchas reales, que pretendían objetivos concretos como es el caso de la independencia.

Sobre esto, Álvarez Junco anota lo siguiente; “El catalanismo o el vasquismo resultaron tener más atractivo que el revolucionarismo proletario como discurso legitimador del antifranquismo, porque lograron encarnar las ideas de modernidad, europeísmo y democracia; a la vez que también la tradición”. Añade también “Baste constatar aquí que la cultura antifranquista no supo recuperar la tradición jacobina de la izquierda y actualizar el nacionalismo español para arrebatarse el protagonismo a los nacionalismos periféricos.” (Alvarez, 2016, pág. 191).

Esta es una tensión interesante, ya que, la ideología que había perdido la guerra (y sus seguidores), el “revolucionarismo proletario” como lo llama Álvarez Junco, no tuvo la capacidad para ponerse como el principal eje de la resistencia antifranquista y fueron los nacionalismos periféricos de la península quienes tomaron ese tan importante lugar en la resistencia. El hecho de que haya sido esta misma ideología la que perdió la guerra y, después de ella, fuera perseguida con ferocidad por el gobierno pudo ser una de las razones por las que esta ideología perdió mucha fuerza ante los nacionalismos. Sobre esto hay muchas posibles explicaciones, pero una puede ser que los nacionalismos periféricos eran ya parte de la cultura de las regiones en donde se practicaban, por lo tanto, era mucho más fácil de esconder y de hacer pasar desapercibido en comparación con el “revolucionarismo proletario” al momento de ser perseguidos por el régimen franquista.

Esto se mantuvo de esta manera desde 1939, con la proclamación de la dictadura de Franco hasta su muerte en el año 1975 y la transición a la democracia que culmina con la constitución de 1977. Durante todo este tiempo, en gran medida, los nacionalismos periféricos toman una fuerza que nunca habían tenido, ya que, el gobierno central franquista les negaba sus particularidades, principalmente en el ámbito cultural y esto ocasionaba un alto grado de resentimiento por parte de

aquellas partes del país que no cabían en la descripción típica franquista del sentir español.

Una vez entrada la democracia, Cataluña y el País Vasco tenían suficiente poder económico para que, al momento de la transición tuvieran una serie de leyes específicas para cada una que les permitiría tomar el control de dos cosas que son muy importantes al momento de hacer nación, la recaudación de impuestos y el control sobre los contenidos educativos dentro de la comunidad. Esto último corresponde a la idea de que es la educación un factor clave para poder entender y formar un nuevo proyecto de nación y esto los nacionalistas lo sabían muy bien, por lo tanto, una de sus condiciones para participar de esta nueva España democrática era el control de aquello que se impartía en las aulas de la comunidad.

“Desde un momento muy temprano, también, el Gobierno central transfirió las competencias en materia de cultura y, poco después, en educación, lo que fue utilizado por los nacionalistas para concentrar su esfuerzo en la construcción identitaria dentro del espacio que controlaban, con el resultado de unas generaciones jóvenes formadas en una mentalidad ajena, e incluso hostil, al españolismo.” (Alvarez, 2016, pág. 193). Las consecuencias de esto pueden verse tanto en el País Vasco como en Cataluña ya que, en muchas comunidades, particularmente las rurales, el elemento español, no existe o se ve como una cuestión ajena y en muchos casos casi como una cuestión colonial que pretende quitarle derechos y su cultura a quienes sean diferentes. Es importante mencionar que durante el franquismo esto llegó a ser así, y que, inclusive en la España de hoy en día existe gente que no puede concebir que exista gente que tenga particularidades culturales diferentes a la suyas, pero esto debe de ser una minoría de la población y no el sentir de la mayoría de las personas.

Estas competencias en materia de cultura y educación permitieron que los nacionalistas catalanes y vascos que, a la postre se volverían independentistas tuvieran el poder y las herramientas para hacer nación. Todo esto legitimado por la severa represión que estas comunidades sufrieron durante la dictadura franquista y puesto en acción con el consentimiento del gobierno central que se quería alejar lo

máximo posible de las costumbres dictatoriales y lo que estas representaban hacia dentro de la población española.

Poco a poco, las autonomías democráticas fueron ganando más poder y comenzaron a recibir más presupuesto de tal modo que “En los años de Gobierno socialista fue, en efecto, cuando se completó en lo fundamental el despliegue de las instituciones autonómicas, como demuestra el espectacular incremento del porcentaje de gasto público total administrado por las comunidades autónomas, del 3% en 1982 al 25% en 1996” (Alvarez, 2016, pág. 194). Esto puede verse no sólo como un intento de distribución y descentralización de la riqueza, sino como un intento velado de admisión de que España como país está conformada por diferentes regiones y cada una tiene sus particularidades y quienes están mejor preparados para solucionar esas particularidades son los gobiernos autonómicos.

Esto conlleva, desde luego, una pérdida del poder central, ya que, al darles más presupuesto a las autonomías, estas tienen la capacidad de distribuir ese presupuesto a lo que consideren necesario y claro que, aquellos que querían reivindicar aquello que durante el franquismo estaba prohibido, se enfocaron en la educación y la cultura para formar una “nación” que pudiera, al menos en lo cultural y económico hacerle frente al gobierno central. Uno puede tratar de explicar esto como un intento por parte del gobierno de alejarse de las prácticas franquistas y abrirse a una pluralidad dentro de la nación española que no sucedía desde los días de la república.

Sin embargo, esto no duró mucho ya que, las contradicciones y antagonismos entre el gobierno central español y el catalán fueron al alta, particularmente durante el gobierno de Aznar en el año 2000 “Aznar, una vez reafirmado en el poder y sin necesidad del apoyo parlamentario del PNV y CiU, reveló un nacionalismo español obsesivo” (Alvarez, 2016, pág. 197). Este nacionalismo y el hecho de que dejara fuera de la coalición gobernante a los partidos más fuertes de las autonomías cuyo potencial independentista era mayor, no ayudó a rebajar tensiones, sino que, al contrario, aumentaron con cada año que pasaba.

Cataluña y catalanismo

Ahora, una vez hecho el recorrido y anotando los cambios que ha sufrido la identidad nacional española, podemos empezar a hacer un análisis más profundo de cómo se relaciona ésta con la identidad nacional catalana y lo que ha tenido que pasar para tener una situación como la actual. El caso catalán es complicado no sólo por la historia actual y los errores que ambos gobiernos han tenido en su trato mutuo, sino que, las relaciones difíciles entre España y Cataluña datan de hace más de quinientos años.

En todo caso, Álvarez Junco afirma dos cosas muy importantes para este análisis: en primer lugar dice “fue hace nada menos que un milenio cuando se inició la formación de la identidad catalana” y en segundo lugar dice que “Los siglos medievales y modernos tempranos requieren en este caso incluso mayor atención que en los anteriores, porque han sido idealizados y mitificados hasta convertirlos en referencia esencial en la pugna política contemporánea.” (Álvarez, 2016, pág. 213). Esta idealización se pudo llevar a cabo gracias al poder que las autonomías recibieron por parte del gobierno central durante la transición. Por otro lado, uno debe de ser muy cuidadoso cuando se enfrenta a la historia idealizada como la que podemos ver en Cataluña, porque, en muchos casos, la búsqueda de la verdad histórica pasa a segundo plano y lo que se vuelve importante es legitimar un discurso y ajustar los hechos para que no lo contradigan.

En este sentido tenemos, por ejemplo, “la guerra de Sucesión española, que se desarrolló entre 1700 y 1713, prolongada en Barcelona hasta 1714. Fue un conflicto internacional, sobre todo, y a la vez una guerra civil interna, es decir algo muy distinto al “Espanya contra Catalunya” con que ha sido etiquetada en un congreso histórico reciente, sesgadamente nacionalista. Fue una querrela dinástica, no nacional, en la que la propia Cataluña estuvo, una vez más, dividida, con sectores leales a Felipe V” (Álvarez, 2016, pág. 219). Este es uno de los eventos clave para poder entender el nacionalismo catalán y la raíz de la famosa diada. “Ningún otro acontecimiento ha sido mitificado por el nacionalismo catalán tanto como la resistencia de 1714, El culto a este episodio fue muy tardío, no anterior a 1886, y a

las ofrendas florales a Rafael Casanova, núcleo central de las actuales Diadas vienen sólo de los años 1890.” (Alvarez, 2016, pág. 220).

Como consecuencia de este conflicto “El principado pasó a ser una provincia, sometida además durante mucho tiempo a gobiernos militares. No fue eliminado, sin embargo, el derecho privado catalán” (Alvarez, 2016, pág. 221). Es evidente que sea mitificado este episodio, ya que, es el último momento en el que Cataluña se considera a sí misma como libre. La pérdida de esta libertad (y su posterior versión más romántica) es un suceso muy importante para un pueblo que era muy orgulloso de sus leyes y de sus costumbres, por lo que verse asimilado dentro de una potencia como lo era la española sin duda no era del gusto de todos.

Pero, la posterior politización de estas historias guerreras en las que, dentro de la narrativa catalana siempre eran atacados por las potencias exteriores culminó en un victimismo que no necesariamente refleja con veracidad los hechos históricos. No es coincidencia que, la celebración de la Diada como fiesta nacional coincida con la celebración del primer Congreso Catalanista en 1880. Dentro de las consecuencias de este congreso, tenemos que “Esta primera generación de nacionalistas catalanes se lanzó a una gran operación de difusión de la identidad. Sus canales fundamentales fueron el excursionismo, el canto coral, el baile de la sardana, el himno *Els Segadors*, la barretina y, por encima de todo, el culto a la lengua.” (Alvarez, 2016, pág. 226).

Es en este momento en el que la Diada se vuelve el mito fundacional del Catalanismo, y deja de ser importante la historia tal cual como pasó y la importancia del evento radica en las emociones o el significado que le dan las personas a la celebración. También podemos decir que estas celebraciones se vuelven un rito como diría Durkheim, ya que cumple una función unificadora de una sociedad que busca reafirmarse frente al españolismo. Esta capacidad unificadora de la Diada que se contrapone a lo español es necesaria para volver al independentismo en un movimiento tangible. Esto ocasiona que haya una reacción por parte del gobierno central, pero, este gobierno ha sido incapaz o simplemente no tiene ningún interés en sentarse a negociar o a escuchar las reivindicaciones a la burguesía catalana

hace como portavoz del pueblo catalán.

Es desde la Generalitat (el nombre que tiene el gobierno autonómico en Cataluña) que existe una intención de continuar con la conmemoración de la Diada. Podríamos decir que desde el gobierno catalán existe un deseo y un empuje para perpetuar e inclusive exacerbar las tensiones entre el gobierno español y el catalán. Esto con el objetivo de finalmente conseguir la independencia o, lo que me parece más posible, obligar al gobierno central a por fin voltear a ver el problema con ojos de diálogo y de conciliación, cosa que debían de haber hecho desde que se empezó a notar que la constitución de 1977 no fue suficiente para aplacar las pretensiones independentistas catalanas que, por ejemplo, la república sí supo manejar.

El culto a la lengua es también esencial para poder entender el proceso de construcción de un nacionalismo, ya que, la lengua, al ser una manera particular de ver el mundo, hace que los habitantes del territorio catalán tengan algo en común frente al resto de España, creando una sensación de comunidad muy fuerte. Además, actualmente podemos ver que este culto a la lengua continúa de alguna forma al ver la importancia que le dan en la Cataluña actual a la enseñanza de la lengua local, a veces en detrimento en la enseñanza de la lengua española.

Esto es posible solamente gracias a la autonomía y a las competencias que durante la transición le fueron otorgadas a la Generalitat. Que, como ya vimos, enfocó sus esfuerzos y su presupuesto en lograr que la construcción de una identidad y una cultura basada en la lengua catalana fuera posible. Esto tiene un sentido extra al pensar que, durante el franquismo, la lengua catalana estaba prohibida y quienes la hablaran eran perseguidos por la policía y entregados a la ley. Por lo tanto, se vuelve un acto de reafirmación de la cultura y un acto de rebeldía en contra del franquismo hacer un énfasis en la lengua cuando se llega a la democracia.

Es importante mencionar que esto sucede también en 1932, durante la república; “Cataluña se convirtió en una “región autónoma dentro del Estado Español”. La Generalitat formó su propia red escolar, con el catalán como lengua propia, y el Estado mantuvo la suya, sin roces importantes” (Alvarez, 2016, pág. 229). Esto sienta un precedente de que existe la posibilidad de que ambos gobiernos trabajen

juntos y de que exista un acomodo en el cual tanto el gobierno central desde Madrid y el de Cataluña estén de acuerdo en trabajar juntos para mejorar la vida de las personas del país. Sin embargo, la cantidad de autonomía otorgada por la república supera con creces cualquier posibilidad de apertura que el gobierno español actual le pueda ofrecer a la Generalitat.

Durante el franquismo todo lo que fuera catalán fue silenciado sin ningún tipo de contemplaciones y desde el estado, hubo un ataque sistemático para tratar de extirpar de Cataluña la cultura que con tanto trabajo habían logrado hacer nacer. Durante este período en Cataluña, Álvarez Junco anota tres cosas muy importantes, en primer lugar “Los primeros dos decenios de la larga dictadura franquista supusieron una *negra nit* para el catalanismo”. En segundo lugar, “En los primeros años, el uso público del catalán o la edición de libros en esta lengua fueron prohibidos y los nombres de personas, calles o tiendas castellanizados”. Finalmente, anota que “la gran explosión del antifranquismo llegaría en los años sesenta, como en el resto de las ciudades del país, aunque con mayor intensidad (en Cataluña)” (Alvarez, 2016, págs. 230-231).

Estos tres fragmentos tienen mucho que ver entre sí, y nos dan un brevísimo resumen de la situación de la cultura catalana durante la dictadura franquista. La razón por la que es conocida como una “negra nit” para el catalanismo es porque hubo una negación y una persecución sistemática de una cultura. Para esto, el gobierno central tuvo que vetar todas las expresiones culturales en catalán y como ya vimos, era la lengua la más importante de estas expresiones, así que, como una de las medidas para homogeneizar a la sociedad española se prohibió el catalán. Esto, desde luego que no causó un buen efecto en la sociedad catalana, ya que, como se mencionó, ya existía un movimiento, que empezaba a ganar fuerza, con el objetivo de promocionar y proteger la cultura catalana.

Esto ocasionó que Cataluña, a los años finales del franquismo fuera una de las comunidades que más rechazo le tenía, claro que seguían teniendo franquistas y fascistas en el territorio, pero el movimiento que activamente rechazaba a la dictadura y al fascismo encontró en Cataluña un amplio quórum. Este

antifranquismo se tradujo hasta cierto punto en un anti españolismo velado, ya que, para muchas personas no existía diferencia entre el régimen represor, dictatorial y la idea de España. Lo cual es un poco injusto con el resto de la España que sí luchó contra el dictador, no sólo durante la guerra, sino que después, cuando la república había sido oficialmente derrotada, hubo gente que continuó luchando como partisanos y desde el nacionalismo catalán toda esta gente, que luchó y murió por la república fue olvidada.

Este antifranquismo también se volvió una reafirmación de lo catalán, especialmente la lengua que había sido prohibida por el dictador se usó para terminar de forjar lo que sería la identidad catalana independentista que podemos ver hoy en día. Basándose en la educación y en un control de los medios de comunicación que tuvieron gracias a la entrada a la democracia fue que se sentaron las bases de este nacionalismo empujado desde los altos funcionarios del gobierno y empresarios que culpan de todos los males de la sociedad catalana a España. “Durante veintitrés años, Jordi Pujol ostentaría la presidencia de la Generalitat, con seis triunfos electorales consecutivos. Su principal tarea consistió en nacionalizar a la sociedad catalana, por medio de la normalización lingüística, el control de los medios de comunicación (sobre todo, el canal televisivo TV3, inaugurado en 1983), la inmersión lingüística en las escuelas y la creación de toda una estructura funcional y una red de instituciones culturales “nacionales”” (Alvarez, 2016, pág. 232).

Aquí es donde entran en juego los medios de comunicación en general y la televisión en particular. El papel que ha tenido TV3 para exacerbar el sentimiento nacionalista catalán es importantísimo, ya que, es la Generalitat la que controla el discurso que se da en la lengua catalana y, como ya se dijo, la cuestión de la lengua es muy importante para la mayoría de los catalanes. Por lo tanto, la principal fuente de noticias para una mayoría de los catalanes es, sin duda alguna, TV3, lo cual es un arma muy poderosa que, sin duda, los independistas no desperdiciaron en ningún momento.

Esto no quiere decir que el gobierno español no cometió ningún error durante el

proceso, al contrario, la cerrazón y la constante negativa a entablar un diálogo que pudiera ser productivo para ambas partes fue uno de los detonantes de la escalada independentista en los últimos años. Ya que da la sensación (que puede no estar muy alejada de la realidad) de que no existe ningún deseo por parte del gobierno español, cuya negativa a sentarse a negociar no hace más que erosionar las relaciones ya complicadas entre ambas partes.

Sin duda alguna, esta constante negativa, aunada a un constante bombardeo mediático y político ocasionó que se viera la relación Cataluña-España como una cuestión negativa, dándole pie a ideas o frases como la famosa “*Espanya ens roba*” (España nos roba). Todo esto se sumó de tal manera que la animosidad fue al alza y la sensación de injusticia y de opresión, que no necesariamente estaba justificada en la Cataluña moderna, ocasionó que el apoyo de la población hacia los independentistas y su causa estallara, de tal modo que hoy en día no se sabe exactamente qué pasaría en el caso de haber un referéndum pactado y con garantías. “Las elecciones autonómicas, de septiembre de 2015, declaradas “plebiscitarias” por el Gobierno de Mas, fueron perdidas desde este punto de vista, pues el conjunto de listas independentistas, sumado a un grupo de izquierda radical como la Candidatura d’Unitat Popular (CUP), sólo alcanzó un 47% de los votos, pero su número de escaños era suficiente para votar un presidente independentista” (Alvarez, 2016).

Por lo tanto, podemos afirmar que para el 2015, no existía una abrumadora mayoría que pretendiera la independencia, sino que, pese a que estaban muy cerca de ser la mitad de los votantes, existía todavía una mayoría, a que no deseaba ser parte de este intento de secesión. Sin embargo, la negativa al diálogo y la absoluta negación del problema por parte del gobierno central ha hecho que la situación haya empeorado hasta el grado de que la oportunidad de tener un diálogo productivo del que salgan soluciones para resolver el problema es cada vez más pequeña.

No hay que olvidar que quienes están promoviendo la independencia son dos actores que en apariencia pueden ser antagónicos, por un lado, tenemos a la CUP, anticapitalistas y antisistema, y por otro tenemos a lo que antes era Convergencia i

Unió, lo que era la antigua derecha catalana, empresarial y adinerada. Por esto resulta extraño ver que dos agrupaciones políticas con objetivos últimos tan opuestos coincidir como aliados en un tema como el de la independencia cuando hay otros temas, importantísimos en los que jamás estarán de acuerdo.

Esto me lleva a la siguiente reflexión; la política en Cataluña ha estado marcada por el tema del independentismo, a tal grado que, las elecciones del 2015 se llegaron a llamar “plebiscitarias”, dejando de lado todos los demás temas de lo que es una agenda política saludable (política económica, salud, educación, cultura, corrupción, etc.). De manera que estos temas pasaron a ser secundarios y la discusión central era la postura frente al independentismo, que esto suceda en lo que podemos llamar una democracia “avanzada” me parece gravísimo, ya que, el foco de la discusión dejó de estar en las cuestiones de la vida diaria de las personas y se enfocaron en un sueño que, según ellos, podría eliminar mágicamente todos los males que aquejan a la sociedad catalana.

Entonces, una vez que hemos realizado un recorrido histórico y analizado cómo el concepto de nación española ha cambiado a través del tiempo, y ver cómo se relaciona esta con el nacionalismo catalán, creo que es momento de comenzar a sacar una serie de conclusiones que justifiquen todo este recorrido. En primer lugar, el nacionalismo catalán y el español siempre han estado muy estrechamente ligados y lo que le sucede a uno, sin duda termina, de una forma u otra, afectando al otro. De manera que tenemos una relación que, pese a que es complicada y tiene mucho tiempo siéndolo, pienso que es imposible entender a una sin la otra, ya que, los momentos en los que ha habido antagonismo han sido momentos esenciales en la formación de ambos nacionalismos.

“Entre los factores que destacan el proceso de construcción de la identidad catalana hay uno cultural, o primordial, como es la lengua, con la que la mayoría de la población catalana siente un vínculo afectivo muy profundo. Alrededor de la lengua hay toda una identidad étnica, ligada a una serie de marcas de catalanidad, que está asumida por el conjunto de la población, como demuestra el hecho de que los representantes políticos elegidos democráticamente sean en mayor proporción

nativos de Cataluña, catalanoparlantes y con más apellidos catalanes que el conjunto de la población que les ha elegido, donde los Pérez y García son mucho más comunes que entre las élites políticas” (Alvarez, 2016, pág. 234).

Este es otro de los elementos esenciales para entender el conflicto entre el gobierno español y el catalán. La lengua es, desde luego, una importantísima pieza de la construcción de una identidad y la diferencia lingüística que se presenta dentro de este problema sólo lo ha vuelto más complicado. En este sentido, la diferencia lingüística y los diversos ataques que, por ejemplo, durante el franquismo sufrió el uso de la lengua catalana ha tenido como consecuencia que el problema escale fuera del control del Estado español.

Los nacionalismos en general, y tanto el caso catalán como el español en particular, se han transformado a lo largo del tiempo y con esto, ha cambiado la manera en que las personas que habitan estos territorios entienden y significan este sentimiento de pertenencia. Evidentemente, la lengua es un elemento esencial para entender el conflicto catalán, pero, al hablar de lengua tenemos que, necesariamente, hablar de educación. El sentir nacionalista se enseña en las escuelas y es en este sentido que es muy importante pensar en las competencias otorgadas en materia de educación a las autonomías en 1977, como una respuesta a la opresión sufrida en Cataluña y en el País Vasco durante la dictadura de Franco.

Ya que, como ya vimos, fue durante la dictadura el último momento en la que hubo una persecución oficial hacia lo catalán y sus hablantes. Me parece que mucho de la reafirmación actual de la cultura catalana sucede en respuesta a esta opresión que no ha sido, ni será olvidada, sino que, al contrario, mediante la misma educación, se revive y se actualiza para adaptarse a los tiempos que corren.

Sin embargo, es cierto que la concepción de españolismo que queda plasmada en la constitución de 1977 no se aleja lo suficiente de las ideas franquistas. Esto tiene sentido si se toma en cuenta el contexto en el que surge esta constitución, ya que este período está marcado por la prisa y la necesidad que se tenía por instaurar una democracia, Por lo que fue necesario un pacto con la burocracia y con la organización que ostentaba el poder y que, dictaron una poderosa y profunda

tendencia política, además de una manera muy franquista de entender al mundo y a la nación.

Por eso podemos decir que la nación se mueve entre tres niveles, en primer lugar, lo que las personas que habitan cierto territorio significan y entienden como nación (en esto entra la famosa idiosincrasia nacional), como la construyen, la entienden y la viven. En segundo lugar, lo que la clase política y las élites de la nación entienden en el concepto, además de del proyecto de nación que tengan y cómo muestran este proyecto al resto de la población. Finalmente, tenemos la idea o definición legal de lo que es la nación, lo cual se encuentra muy ligada a la concepción que tenga la clase política, pero no es necesariamente igual. No hay que olvidar que todas estas maneras de entender a la nación se transforman y cambian con el tiempo, no son estáticas y dependen de lo que suceda en la vida pública dentro de una sociedad.

Además, estas concepciones cambian de país a país, sin embargo, creo que esta es una generalización que nos ayuda a entender el a la mayoría de las naciones, y las diferencias que puede haber entre los distintos estratos sociales con relación a la idea que supuestamente los une como un mismo pueblo. Esto implica que en ocasiones haya distintas acepciones de lo que es la nación, inclusive, puede suceder que esta idea de nación cambie según la región del país, lo cual evidentemente ocasiona conflictos como en el caso catalán.

De modo que, creo que es importante conocer, analizar y ser muy crítico de cualquier proceso de nacionalización de un territorio y cómo, debido a una serie de procesos específicos a cada pueblo nace lo que Álvarez Junco llama nacionalismo alternativo. No cabe duda de que este no es un fenómeno único a España, ya que la tensión entre un Estado central y regionalismos separatistas son casi tan antiguas como el nacionalismo mismo.

Como ejemplo de esto, además del caso catalán, tenemos; a los confederados en los Estados Unidos, que ocasionaron una gran guerra en un intento de secesión que fue derrotado. Este caso es interesante porque lo que se presenta es un proyecto diferente de nación y al no haber posibilidad de negociación el conflicto fue

inevitable. Pero en menor medida, Europa es una amalgamación de pequeños regionalismos que a veces toman más o menor fuerza, en la misma España está el País Vasco, pero también en Italia están los Lombardos, los escoceses en Gran Bretaña e inclusive los Bávaros en Alemania. Pareciera que hay dos constantes en todos estos casos, que son, en primer lugar, la existencia de una lengua o forma de hablar propia de la región que la dota de una identidad y de una diferencia con el resto del territorio. Pero en segundo lugar está un gran poder económico, sobre todo si se compara con el resto del país, que está ligado a una fuerte burguesía local.

Conclusiones

A modo de conclusión, me gustaría hablar acerca de la importancia de la nación en la vida de las personas y de los Estados. Esencialmente, lo que cada uno de estos dos actores saca del concepto es completamente diferente, pero me atrevería a decir que la idea de nación es esencial para la constitución identitaria de ambas. En el caso de las personas, no es raro oír que la gente anteponga su nacionalidad ante todos los elementos que componen su identidad, esto no es menor, ya que, la nacionalidad y todos los valores que van con ella se aprenden, esencialmente, en el seno familiar y en la escuela, por lo tanto, hay una tremenda carga identitaria en la nacionalidad. Para el Estado la nacionalidad es un tema muy importante, no sólo es el mismo Estado el encargado de propagar y mantener el nacionalismo dentro de su territorio, sino que, además, lo necesita para legitimarse frente a la población.

Esta es una de las primeras conclusiones de este trabajo; el nacionalismo como lo conocemos ha tenido principalmente una sola función dentro de las sociedades modernas, que es, la legitimación del nuevo orden burgués durante la Revolución francesa y las revoluciones de este tipo que le siguieron. Hay que mencionar que de la misma manera en que ha cambiado el Estado desde entonces, ha cambiado también la idea de nacionalismo hasta nuestros días, pudiendo llegar a su punto más álgido como idea durante la segunda guerra mundial.

Sin embargo, aunque los procesos de creación nacional no son iguales en todas partes, hay ciertos elementos ya mencionados que están presentes en todos los territorios que tienen o aspiran a tener un nacionalismo fuerte. En estos casos, el elemento constante y a mi parecer más importante es la presencia de una burguesía que pretende legitimarse, ayudada en esto por el Estado.

Esta distinción es muy importante porque el apogeo de la burguesía, el surgimiento del nacionalismo, el establecimiento del capitalismo como modelo de producción y la creación de los Estados-nación como modelo político se encuentran estrechamente ligados, no sólo porque temporalmente coinciden, sino

que se necesitan entre los cuatro para poder tener la hegemonía total en sus respectivos campos. Habitualmente el nacionalismo se nos ha presentado, principalmente desde la educación, como una cuestión eterna, que siempre ha estado ahí y que es parte de la esencia del ser social y ahora podemos ver que esto no es necesariamente así. Pese a que efectivamente los humanos necesitamos de la vida en sociedad, la manera en la que el nacionalismo presenta esta vida en sociedad es estrictamente moderna y corresponde a las necesidades espirituales y humanas del período.

También obedece a las necesidades de orden y de homogeneización de un Estado que está dirigido por una burguesía que, en sus inicios, no tenía muy claro el tipo de proyecto que harían una vez derrocada a la nobleza. De aquí que la idea de nacionalismo, pese a que es durante la Revolución francesa que sienta sus bases y sus conceptos fundamentales, evolucione a la par del Estado y de la modernidad misma. Esta relación a cuatro bandas incluye a los elementos principales de la vida pública moderna, ya que han sido muy efectivos para hacer que la nación y el nacionalismo aparenten ser eternos y no fabricaciones que obedecen a unos objetivos concretos de una situación temporal específica, de tal modo que cuesta pensar en una sociedad que no incluya por lo menos a la mayoría de estos cuatro elementos.

Está en la capacidad que ha tenido el nacionalismo de presentarse a sí mismo como eterno y necesario, a la par del sistema político que pretende legitimar, su mayor fortaleza como idea. Las consecuencias de esto son muy variadas e importantes, pero la más importante está en que hoy en día, rara vez nos cuestionamos la existencia de las naciones y las tomamos simplemente como elementos dados en nuestra vida, omnipresentes y eternos, a tal grado de que todo aquel que piense o pretenda cambiar con esta situación es tildado de traidor.

Sin embargo, con la llegada de un mundo cada vez más interconectado, podemos ver que empiezan a moverse los vientos del cambio acerca del papel de los Estados-nación y su relación con las personas. En este sentido, tenemos la presencia y el papel de juegan las instituciones supranacionales como lo son la

Organización de las Naciones Unidas (ONU), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Unión Europea (EU) y demás confederaciones continentales de cooperación.

Aquí se presenta un fenómeno interesante, ya que, por su naturaleza de ser instituciones donde se encuentran representados los intereses de cada vez más naciones, es inevitable que exista en algún momento la sensación de que se pierde la soberanía nacional. En el caso de los países menos poderosos esto se hace más evidente en su relación con el FMI y el Banco Mundial (BM), ya que estas dos organizaciones suelen demandarles que tomen una serie de medidas económicas que no necesariamente benefician o trabajan en función de sus intereses.

En tiempos recientes hemos podido observar cómo esta aparente pérdida de soberanía, provoca reacciones negativas por parte de aquellas personas y grupos que sienten que la soberanía nacional es lo más importante y el fin último de la defensa de la nación es preservarla. Un gran ejemplo de esto es la salida de Gran Bretaña de la UE (Brexit), ya que, la campaña que se realizó antes del referéndum usaba el nacionalismo como eje principal para justificar una salida. Este es el nacionalismo en su forma más burda y peligrosa y es también una forma que recuerda a una que ya se había visto en Europa antes, una forma que ocasionó uno de los peores conflictos armados en la historia de la humanidad.

Este nacionalismo se caracteriza por un rechazo a lo que es diferente, a lo que viene de afuera y es ajeno, en el caso del Brexit, esto se refiere al rechazo a los inmigrantes y a la sensación de que, en Europa, se están aprovechando de los británicos que tienen que trabajar para mantener las malas políticas de la UE. También, retoma la idea de un pasado en el que eran libres de tomar sus propias decisiones y no dependían de pedirle permiso a una institución más grande que la nación, del mismo modo, habla de un pasado en el que las cosas se hacían a la británica, sin nuevas costumbres (aparentemente negativas) que mancillaran la forma correcta de hacer las cosas.

Aquí tenemos un fenómeno muy interesante, ya que gran parte de la campaña

que deseaba salir de la UE hacía referencia a un orgullo nacional que se veía atacado por la falta de soberanía nacional que aceptar las leyes y directrices de la UE “imponía” al Reino Unido implicaba. Este es un argumento común a todos aquellos políticos que se consideren a si mismos “Eurófobos”, ya que piensan que esa pérdida de soberanía funciona en detrimento de la nación y su capacidad de resolver sus problemas sin depender de nadie más.

Sin embargo, es verdad que hay organizaciones políticas de izquierda que llaman también a alejarse lo más posible de las exigencias de los organismos supranacionales, esto es importante, ya que el temor a la pérdida de soberanía no es necesariamente un problema de la derecha. En mi opinión, la manera en que el nacionalismo se justifica hace la diferencia acerca del tinte que tiene, ya que por un lado, puedes tener un nacionalismo xenófobo que pretende cortar con la migración y expulsar del territorio a las personas que tienen una cultura diferente, no apropiada para “la nación” y, por otro lado, se tiene al nacionalismo que busca, basándose en una idea de orgullo nacional, librarse de las opresiones colonialistas o neocolonialistas de otros países o de instituciones supranacionales diseñadas para mantener un cierto estado de las cosas.

Aunque podemos decir que, en el fondo, la idea de que la nación en solitario estaría mejor y que el contacto con otros países y culturas es, al fin de cuentas perjudicial para el devenir del país porque ensucia o mancha el verdadero espíritu nacional, es una idea muy peligrosa independientemente de que quien la esgrima sea de izquierda o de derecha. Pese a que el objetivo último pueda ser diferente, los riesgos que desconfiar de todo lo que sea diferente conlleva me parece que son mucho más grandes que las posibles ventajas, además de que cae en el juego de que las diferencias atribuidas a estas “comunidades imaginadas” son reales o mucho más grande que las cosas que posiblemente puedan unir a las personas.

Aquí volvemos a la necesidad de cuestionarnos de dónde viene la idea de nación, ya que, el odio y la xenofobia que vemos en estos tiempos puede atribuírsele a la idea de que la nación es lo más sagrado y todo aquel extranjero con costumbres e

ideas diferentes es, en última instancia, perjudicial para la misma. Entonces, si nos cuestionamos el origen de esta noción, podemos ver que, pese a que efectivamente existen diferencias culturales, estas no tienen por qué imposibilitar el entendimiento entre distintos grupos de personas.

Esto no quiere decir que las diferencias culturales no sean importantes, inclusive diría que entre más diferencias de este tipo existan dentro de una sociedad, más completa, cosmopolita y tolerante será esta. No es coincidencia que las grandes urbes, con más inmigrantes y más diversidad entre sus habitantes sean, en general, las más tolerantes y con las ideas más progresistas en contraposición a sus connacionales de zonas rurales.

Aquí entramos a otra distinción importante, que pienso, puede exacerbarse cada vez más en el futuro, hablo de la diferencia en cómo se vive en las zonas urbanas y en las zonas rurales. Esta diferencia se ve marcada en cómo votan las personas, tanto en el Brexit como las elecciones de 2016 en los Estados Unidos, fueron las zonas rurales las que principalmente votaron “*leave*” en el Reino Unido y por el candidato republicano Donald Trump en Estados Unidos, que son las opciones que van cargadas de xenofobia e intentan expulsar al mayor número de inmigrantes posible.

Hay que mencionar que, en el caso catalán, es también en las zonas principalmente rurales y menos urbanizadas donde la independencia es más fuerte. Pienso que, es necesario cuestionar el porqué de esta diferencia en cómo se entiende el nacionalismo tanto en zonas rurales como en zonas urbanas, es posible que la diferencia esté ligada a todos los aspectos de la vida que son diferentes en ambas zonas, por lo tanto, encontrar una sola razón o explicación a este fenómeno es muy difícil.

El caso de Donald Trump nos puede ayudar a entender un poco este fenómeno, porque su eslogan “*Make America Great Again*” nos remonta a una idea romantizada del pasado y de la nación, en el cual, había muchos menos inmigrantes y las oportunidades eran casi todas (si no es que todas) para el hombre blanco. Por lo tanto, las personas que viven en el ámbito principalmente

rural, que han visto cómo su país se llena de gente que antes no estaba ahí, sin pensar que ellos mismos son descendientes de inmigrantes que en algún momento llegaron a ese territorio y se apropiaron de él, se sienten desprotegidas y añoran un pasado (medianamente inventado) donde ellos y sólo ellos eran los beneficiados.

Esta idea ha dado lugar a otro pensamiento, que es que Estados Unidos necesita volver a este punto donde no hay inmigrantes y la esencia de la nación era libre de estos. Afortunadamente, gracias a la cantidad de inmigrantes que hay en Estados Unidos, es poco factible que se pueda volver a ese estado de las cosas, pero la administración actual pretende controlar y casi paralizar el flujo de inmigrantes, principalmente de zonas donde la religión predominante es la musulmana y de Latinoamérica.

Esto tiene como consecuencia que, en un Estado en el que desde la administración se ataca todo aquello que suene diferente y “antiamericano”, lo cual da rienda suelta a que personas realmente racistas sientan que su manera de pensar está legitimada por el gobierno del país más poderoso del mundo. Si sumas esto, a una realidad económica cada vez más precaria y difícil para la mayoría de las personas, tienes que estas personas que ya, a priori tienen un sesgo racista y desde el gobierno se les dice que la razón por la que su situación es tan precaria es por los inmigrantes, tienes como consecuencia un ambiente de rechazo y violencia hacia aquellos que acaban de llegar a ese país buscando una vida mejor.

En el caso mexicano, la cuestión nacional es complicada también, esto se debe a que la capacidad del Estado de implementar un sistema educativo centralizado y unificado fue poca, principalmente en las zonas con más población indígena, que, a su vez, son los más afectados económicamente por la centralización estatal. Esto ocasiona que las zonas más alejadas del poder central, no sólo en materia de educación, sino que en general, es donde más problemas se tiene para mantener un nacionalismo estable que se presente a sí mismo como legítimo y eterno. Esto se vuelve particularmente difícil en comunidades indígenas, ya que su identidad

está compuesta por elementos presentes mucho antes de que la nación existiera, de manera que mientras que en estas comunidades exista la idea de que su identidad es diferente a la de la nación, es muy difícil que se unan al nacionalismo mexicano, aunque el Estado ha intentado que esto cambie.

Es por eso que, la idea de un México multicultural o multinacional, donde los derechos de las comunidades indígenas no sean sólo respetados, sino que se busque que su situación mejore de acorde con lo que estas comunidades piensan que es lo mejor para ellas puede llegar a ser una solución. Sin embargo, las administraciones priistas y panistas no tuvieron ningún deseo de detener este proceso homogeneizador de culturas que caracteriza a la nación.

Si queremos hablar de México en el contexto de los nacionalismos alternativos, es obligatorio mencionar el caso yucateco, que, pese a que hoy en día no se mencione mucho, en su momento, fue muy importante para poder entender la relación entre el gobierno central mexicano y la península. Podemos decir que la presencia de una burguesía local poderosa como lo era la yucateca, propició la creación de un nacionalismo local que se oponía, quizás principalmente por su lejanía geográfica, al mexicano.

Sin embargo, una vez reunificado el país, la división de la península en tres Estados (Yucatán, Quintana Roo y Campeche) fue un golpe fulminante para las aspiraciones independentistas de esta región. Luego se ha redoblado el impulso nacionalizador, pero ha tenido un éxito a medias, ya que el orgullo de ser yucateco se antepone por mucho al de ser mexicano, esto es sin duda algún remanso que queda de la breve época en la que fueron independientes.

Hablando en términos generales y mirando hacia el futuro, creo que la historia nos ha demostrado que los nacionalismos se benefician enormemente de situaciones económicas y políticas difíciles para los habitantes de un país. Siendo sinceros, la situación económica mundial no parece que vaya a mejorar en el futuro próximo y este contexto es un campo de cultivo muy fértil para la peor clase de nacionalismos.

Cuando los políticos son incapaces de dar una solución a los problemas se escudan en excusas que pueden llegar a ser muy peligrosas, como exacerbar el nacionalismo y culpar a agentes externos de sus propios errores. Esto lo pudimos ver en el caso del alza de la extrema derecha en Europa, pero también en Estados Unidos, en América Latina (a su manera) y también en el manejo que ha tenido el gobierno español con el caso catalán. Porque muchas de las acciones del gobierno español para “resolver” la crisis catalana, lo único que han logrado es crispar aún más los ánimos y despertar un nacionalismo español que no se veía desde los tiempos de la transición a la democracia.

Por tanto, podemos decir que, el propósito último de la nación no ha cambiado mucho, pese a que las sociedades que lo utilizan si lo han hecho desde su primera irrupción en la vida pública. A fin de cuentas, el nacionalismo se exagera cuando un país necesita legitimar sus acciones y su “estatus quo”, lo cual no es tan diferente a la legitimación del nuevo orden burgués asociado al Estado-nación.

Mientras la situación de crisis constante no cambie, y no hay razones para pensar que esto sucederá pronto, el alza de los nacionalismos, sobre todo de derecha, no cesará. Porque estos son necesarios para controlar el discurso en momentos de gran descontento social y dirigir este descontento hacia agentes o elementos externos eximiendo de responsabilidad a políticos y a la burguesía local.

Así que, mientras la situación económica y política sea la misma, además de que hay ciertos sectores políticos que se ven directamente beneficiados de esta tensión constante, la única defensa en contra del peor tipo de nacionalismo es la tolerancia. Pero también la movilización social y política porque es el diálogo que implica esta movilización, la herramienta que permitirá ver que realmente las diferencias nacionales, no son en última instancia lo que nos define.

Con esto no quiero decir que las diferencias culturales o idiosincráticas, que son producto de las diferencias nacionales, no sean importantes o que no sirvan para formar la identidad de los individuos, creo que estas diferencias existen y que es importante preservarlas y celebrarlas. Pero este nacionalismo rancio usa estas diferencias para que personas que pocas razones tienen para odiarse entre sí lo

hagan, en vez de intentar ser felices y construir una vida mejor para todos aprendiendo constantemente de las diferencias que los distintos pueblos y culturas que hay en la tierra tienen.

Un caso interesante acerca de cómo resolver esto nos lo puede dar la Unión Europea y su intento de crear una comunidad o identidad supranacional. Pienso que una de las mejores herramientas que idearon para lograr esto es el programa “erasmus mundus” que, a grandes rasgos, es un programa de movilidad estudiantil dentro de Europa con la finalidad de que los alumnos conozcan el continente y las diferentes culturas que en él conviven. Esto logra que, aunque las diferencias culturales sigan ahí, el entendimiento entre personas de diferentes culturas sea más fácil y de esta manera, logren crear una identidad que sobrepase la de sus Estados e intentar crear una identidad supranacional.

Esto nos remonta una vez más al importantísimo papel que tiene la educación en el proceso del mantenimiento y propagación del nacionalismo, y como, mediante programas como el “erasmus mundus” se hace un esfuerzo para empezar a crear una identidad que va más allá del Estado-nación. Sin embargo, me parece que no es suficiente con educar a los jóvenes, sobre todo en un continente con un porcentaje de población juvenil tan bajo como lo es Europa, ya que este programa en particular solo aplica para jóvenes con la capacidad de tener una educación media o superior.

De manera que hay muchas personas que quedan fuera por completo de este programa y por lo tanto no participan en la construcción de esta nueva identidad. Esto ocasiona uno de los grandes problemas de la unión como proyecto que es la falta de compromiso y de participación por parte de los ciudadanos en la mayoría de las instancias de tomas de decisión, tanto a nivel nacional como a nivel europeo. Lo cual tiene como consecuencia que no haya una confianza en este tipo de instituciones porque da la impresión de que una vez más, las instituciones tienen como tarea proteger intereses que no son los de la mayoría.

Sin duda, este es uno de los principales problemas sociales con los que un proyecto supranacional de esta naturaleza se va a enfrentar, porque como ya

vimos, hacer un cambio de un paradigma tan profundo como lo fue el cambio del Estado absolutista a los inicios del Estado-nación, requiere un gran cambio ideológico y de la manera en la que se ordena el mundo. Este cambio, es decir, el paso de un modelo estatal actual a un modelo supranacional requiere una transición ideológica parecida, ya que, las naciones se han presentado a sí mismas como indispensables y eternas.

Por lo tanto, para poder establecer un modelo legítimo nuevo, es decir, una nueva manera de organizar los territorios, aunque se encuentre tremendamente influenciada por el modelo anterior, necesitamos de un cambio en esta sensación de omnipresencia que tiene la nación. Pero, en la actualidad no se ve realmente una manera en la que esto pueda cambiar de la manera que se necesita para transformar el modelo actual de organizaciones nacionales.

Eso sin entrar en el tema de si es deseable o no hacer este cambio. Los defensores del modelo nacional evidentemente dirán que no, y todos aquellos que pongan a la nación como lo más alto o lo más importante en la construcción de su identidad individual dirán que no. Sin embargo, habrá personas que piensen que el antiguo paradigma está acabado gracias a la nueva capacidad que existe en la actualidad de estar cada vez más interconectados no sólo a nivel individual sino a nivel comercial. Diría que la cuestión está en el aire y que la discusión acerca de este tema apenas está empezando a cobrar fuerza.

En esta discusión, el papel de la nación será cada vez más importante y pienso que ganará aún más importancia porque en el fondo, lo que se encuentra en el centro de la discusión es la supervivencia del experimento europeo, de tal modo que, si el proyecto quiere continuar, es una conversación que tendrán que tener. Las consecuencias de esta discusión moldearán el futuro no sólo de la Unión Europea, sino que de la cuestión nacional y supranacional en su conjunto y definirán si el modelo de Estado-nación sigue siendo útil para ordenar nuestra vida viendo hacia el futuro.

Bibliografía

- Álvarez, J. (2016). *Dioses útiles, Naciones y nacionalismos*. Barcelona : Galaxia Gutenberg.
- Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas*. México : Fondo de Cultura Económica.
- Billing, M. (1995). *Banal Nationalism*. Londres: Sage.
- Elías, N. (2009). *El Proceso de la Civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y Nacionalismo*. Madrid: Alianza .
- HARDT, M., & NEGRI, A. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Hobsbawn, E. (1994). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawn, E. (2009). *La era de la revolución, 1789-1849*. Buenos Aires: Paidós.
- Hobsbawn, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hroch, M. (1996). From National Movement to the fully-formed Nation: The Nation-Building Process in Europe. En B. Gopal, *Mapping the Nation* (págs. 78-97). Londres: New left review.
- Sand, S. (2008). *La invención del pueblo judío*. Madrid: Akal.
- Taibo II, P.I. (2015). *Que sean fuego las estrellas: Barcelona (1917 – 1923) Una historia narrativa de sindicalistas y pistoleros*. México: Planeta México.
- Tilly, C. (2007). *Guerra y construcción del estado como crimen organizado*. España: Universidad Autónoma de Madrid.